

El planeta observa. El planeta siente. El planeta responde. A veces con fuego, a veces con agua, a veces con un silencio que pesa más que cualquier palabra humana.

Volcanes que rugen como si recordaran antiguas heridas. Terremotos que abren grietas donde antes hubo confianza. Tsunamis que arrastran no solo ciudades, sino memorias. Meteoritos que caen como advertencias desde un cielo cansado.

Y detrás de todo, la mano del hombre: la contaminación que asfixia, los océanos convertidos en cementerios azules, las guerras que nunca descansan.

Este libro no busca castigar. Busca despertar. Busca que la humanidad comprenda que cada desastre es un mensaje, una súplica, una advertencia que no deberíamos ignorar.

•

Dedicatoria

A quienes caminan con los dientes apretados entre la sequedad del tiempo, a quienes sienten en su interior ese miedo que avanza demasiado rápido, sin control, sin permiso, sin tregua.

A los que aún respiran en medio del polvo, a los que escuchan temblores que otros no oyen, a los que saben que el mundo no castiga: solo recuerda.

A los que miran el horizonte con la certeza de que algo se acerca, algo que no entiende de calendarios ni de esperas, algo que exige memoria, cordura, valentía.

A ti, que lees estas palabras con la sombra del futuro sobre los hombros. A ti, que temes... pero sigues adelante.

Este libro es para los que no se esconden. Para los que sienten. Para los que aún desean que lo que viene no nos golpee de lleno... aunque saben que lo hará.

PRÓLOGO — La Voz del Mundo Herido

(Tomo II — Los Castigos del Planeta)

No fui creado para castigar. Pero tampoco fui creado para soportar eternamente.

Durante eras enteras sostuve a mis hijos —los fuertes, los frágiles, los que recuerdan y los que olvidan— sin pedir nada a cambio. Guardé sus pasos, sus ciudades, sus dudas. Los abracé incluso cuando me herían.

Pero ahora... ahora mis heridas hablan.

Desde la grieta donde Asthenés escuchó por primera vez mi voz, hasta el asentamiento donde Lýkos gritaba órdenes para contener el miedo, todo vibra con una tensión que ya no puedo callar. Las huellas que encontraron al amanecer —esas marcas profundas que Milo señaló con rabia, que Eira quiso estudiar, que Selene defendió, que Amon temió— no fueron dejadas por bestias ni máquinas.

Fueron dejadas por mis Ecos. Mis heridas vivas. Mis memorias caminando.

Ellos ya no pueden permanecer inmóviles.

Kael, el Errante, lo supo cuando vio el nombre de Asthenés grabado en la roca antigua. Vega lo sintió

cuando la tierra tembló bajo sus pies como un corazón cansado. Dorian lo reconoció en silencio, porque él siempre supo más de lo que dijo. Y Kora —la niña que aún no ha aparecido, pero que pronto escuchará mis vibraciones— ya siente mi voz antes de que yo la pronuncie.

Yo los observo desde mis grietas. Ellos creen que viven sobre mí, pero en realidad viven dentro de mis heridas.

Cada discusión del asentamiento, cada sospecha, cada miedo, cada temblor emocional... lo siento como un latido irregular. Y hoy, más que nunca, tiemblan.

Porque lo que se acerca no es enemigo ni aliado. Es memoria.

El ataque que los destruyó no fue el final. Fue el comienzo de una verdad que aún no han querido mirar.

Asthenés camina con su nombre vibrando en mis entrañas. Los Errantes vigilan el horizonte como si esperaran que el cielo se abriera otra vez. Los Ecos se levantan en silencio, hechos de roca, luz y dolor.

La grieta respira. La memoria despierta. El mundo observa.

Y yo... yo ya no puedo seguir callando.

Los volcanes que duermen bajo mis huesos empiezan a recordar. Los océanos que guardan secretos demasiado antiguos se agitan con preguntas. Las montañas que han resistido siglos sienten el peso de lo que olvidaron. Los vientos llevan nombres que ustedes dejaron caer. Las nubes arrastran historias que nunca contaron.

No castigo para destruir. Castigo para recordar.

Porque ustedes, mis hijos, han olvidado que la vida que pisan no es eterna. Han olvidado que la fragilidad es un puente, no un arma. Han olvidado que la memoria es la única luz que puede salvarlos.

Asthenés... hijo mío... tú abriste la grieta cuando pronunciaste “perdóname”.

Y ahora, todos deberán atravesarla.

Lo que viene no será fácil para nadie. Ni para ustedes. Ni para mí.

Porque este libro no es un juicio. Es una advertencia.

Y este mundo, que amó demasiado, ha decidido hablar otra vez.

Contenido

Dedicatoria.....	2
PRÓLOGO — La Voz del Mundo Herido	3
CAPÍTULO 1 — Cuando el temblor pronuncia un nombre....	10
CAPÍTULO 2 — La fractura del asentamiento.....	16
CAPÍTULO 3 — El Eco Mayor entra en el asentamiento	23
CAPÍTULO 4 — La grieta vuelve a abrirse	28
CAPÍTULO 5 — La Visión	34
La caída	35
CAPÍTULO 6 — La culpa compartida.....	41
CAPÍTULO 7 — El viaje hacia la grieta	46
CAPÍTULO 8 — El descenso	52
El primer tramo.....	53
El segundo tramo: La luz que no es luz.....	54
El tercer tramo: La voz del planeta	55
El corazón de la grieta	56
CAPÍTULO 9 — El origen de los Ecos	58
CAPÍTULO 10 — El primer sacrificio	64
El regreso	68
CAPÍTULO 11 — El núcleo de la grieta	71
CAPÍTULO 12 — El origen del ataque.....	77
CAPÍTULO 13 — La decisión	83
CAPÍTULO 14 — El primer paso fuera de la barrera.....	90

CAPÍTULO 15 — El sendero de las raíces.....	96
CAPÍTULO 17 — El árbol del origen.....	108
El árbol que no debería existir	109
La memoria del árbol.....	111
CAPÍTULO 18 — El veredicto del bosque	115
Primera memoria: La ambición	116
Segunda memoria: La negación.....	117
Tercera memoria: La ruptura	117
Cuarta memoria: El nacimiento del ataque.....	118
Quinta memoria: Asthenés	119
El veredicto	120
CAPÍTULO 19 — La memoria prohibida	121
La memoria que el planeta ocultó	122
La verdad prohibida.....	124
La parte que nadie sobrevivió para ver.....	126
CAPÍTULO 20 — La sombra del origen.....	129
La figura en la memoria	131
CAPÍTULO 21 — El regreso del grupo	136
La barrera apagada.....	137
CAPÍTULO 22 — La sospecha.....	142
La primera acusación	142
La segunda acusación	144
La tercera acusación.....	145

La sospecha cae sobre todos	146
CAPÍTULO 23 — El día del ataque	149
Minuto 1: El temblor	150
Minuto 2: La grieta	151
Minuto 3: El niño	151
Minuto 4: La explosión.....	152
Minuto 5: El primer Eco.....	153
Minuto 6: La desaparición.....	154
Minuto 7: La sombra se mueve.....	155
CAPÍTULO 24 — Las tres versiones	157
Versión 1: Nara	157
Versión 2: Evan.....	159
Versión 3: Lýkos.....	160
La primera grieta en la mentira	161
CAPÍTULO 25 — La confesión.....	164
La primera verdad: Lýkos estuvo allí.....	165
La segunda verdad: Lýkos no estaba solo.....	167
La tercera verdad: Lýkos recibió órdenes	168
La cuarta verdad: Lýkos vio el origen.....	169
La confesión final	170

CAPÍTULO 1 — Cuando el temblor pronuncia un nombre

El amanecer llegó sin luz. Solo una claridad pálida, casi enferma, que se extendía sobre la llanura como una piel demasiado fina. Asthenés caminaba despacio, igual que en aquel primer capítulo del Tomo I, pero ahora cada paso tenía un peso distinto: el planeta ya no lo observaba en silencio. Lo llamaba.

El temblor comenzó como un susurro bajo sus botas. No era un movimiento brusco, ni un aviso geológico. Era una vibración que parecía pronunciar algo. Un nombre.

Su nombre.

Asthenés se detuvo. El aire tenía ese sabor metálico que ya conocía, el mismo que sintió cuando tocó el tronco quemado del árbol antiguo, cuando dijo “perdóname”, cuando la grieta respiró por primera vez.

—Otra vez... —murmuró.

Pero esta vez no estaba solo.

A lo lejos, entre la bruma, vio figuras moviéndose. Eran los Errantes.

Kael caminaba al frente, con esa postura tensa que siempre adoptaba cuando el mundo parecía inclinarse. Rhea avanzaba detrás, con la mano en la empuñadura de su arma, aunque sabía que ninguna arma servía contra lo que se acercaba. Los gemelos Orin y Lysa se movían como sombras inquietas, atentos a cada vibración del suelo.

—Asthenés —llamó Kael, sin levantar la voz—. El temblor te busca.

Asthenés tragó saliva.

—Lo sé.

Kael se acercó, mirándolo con esa mezcla de respeto y desconfianza que siempre lo acompañaba desde que vio su nombre grabado en la roca antigua.

—El planeta está inquieto —dijo Rhea—. No es como antes. No es solo memoria. Es... movimiento.

Asthenés sintió un escalofrío.

—¿Movimiento hacia dónde?

Kael señaló el horizonte.

—Hacia nosotros.

El temblor se intensificó. No como un terremoto.
No como un aviso. Sino como un latido.

Asthenés cerró los ojos. Y entonces lo escuchó.

Una voz. No humana. No clara. No hecha de palabras.

Una voz hecha de tierra, de grietas, de ceniza, de raíces rotas.

Una voz que había hablado en el Tomo I, cuando el planeta dijo:

“Cada paso que das sobre mí es una caricia y una herida.”

Ahora esa misma voz decía:

“Asthenés...”

El joven abrió los ojos de golpe.

—Está despierto —susurró.

Kael frunció el ceño.

—¿Quién?

Asthenés tragó saliva.

—El planeta.

La bruma se abrió como si una mano invisible la apartara. Y allí, entre las ruinas, apareció una figura.

No era humana. No era animal. No era sombra.

Era un Eco.

Pero no uno pequeño, como los del Tomo I. Este era distinto. Más grande. Más denso. Más... vivo.

Su cuerpo estaba hecho de roca que respiraba, de luz que no iluminaba, de ceniza que no caía. Cada paso que daba dejaba una huella profunda, igual que las que Milo señaló con rabia, igual que las que Eira quiso estudiar, igual que las que Selene defendió, igual que las que Amon temió.

El Eco se detuvo frente a Asthenés.

No tenía rostro. No tenía ojos. Pero lo miraba.

El temblor se volvió un murmullo.

Y entonces, sin voz, sin sonido, sin aire, el Eco pronunció una palabra dentro de la mente de Asthenés:

“Recuerda.”

Asthenés sintió que el mundo se inclinaba bajo sus pies.

Kael dio un paso atrás. Rhea levantó el arma. Orin y Lysa se tensaron.

Pero Asthenés... Asthenés dio un paso adelante.

—¿Qué quieres que recuerde? —preguntó, con la voz quebrada.

El Eco extendió una mano hecha de tierra viva. Tocó el suelo.

Y la llanura entera se iluminó con un brillo tenue, como si la memoria del planeta se encendiera bajo la superficie.

Asthenés sintió un golpe en el pecho. Una imagen. Un destello. Un fragmento de algo que no sabía que había olvidado.

El Eco habló otra vez, sin voz:

“El ataque no fue el principio.”

Asthenés retrocedió, temblando.

—¿Entonces qué fue?

El Eco inclinó la cabeza.

Y el planeta, desde todas sus grietas, desde todas sus heridas, desde todas sus memorias, respondió:

“Fue la consecuencia.”

La tierra vibró. El cielo se oscureció. La bruma se cerró como un puño.

Y Asthenés comprendió que lo que venía... no era castigo. Era verdad.

Una verdad que el planeta había guardado demasiado tiempo.

Una verdad que ahora exigía ser contada.

CAPÍTULO 2 — La fractura del asentamiento

El Eco había desaparecido entre la bruma como si nunca hubiera estado allí, pero el temblor que dejó atrás seguía vibrando bajo los pies de Asthenés. Kael y los Errantes lo acompañaron de regreso, caminando en silencio, como si cada paso pudiera despertar algo más profundo.

Cuando llegaron al asentamiento, el aire estaba tenso. No era el silencio habitual de las mañanas. Era un silencio que parecía contener un grito.

Lýkos fue el primero en verlos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con esa voz áspera que siempre parecía al borde de romperse.

Kael no respondió. Asthenés tampoco.

Fue Rhea quien dio un paso adelante.

—El Eco ha vuelto.

Un murmullo recorrió el asentamiento como una chispa sobre pólvora.

Eira dejó caer las herramientas que tenía en las manos. Milo se levantó de golpe, con los ojos encendidos. Selene apretó el brazo de Ariadna. Dorian cerró los ojos como si hubiera esperado este

momento desde hacía demasiado tiempo. Vega retrocedió un paso, sintiendo el temblor bajo sus pies. Amon se interpuso entre ella y Asthenés sin pensarlo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Lýkos, acercándose.

Kael miró a Asthenés.

—Díselo tú.

Asthenés tragó saliva. El asentamiento entero lo observaba. Cada rostro era una pregunta. Cada mirada era una acusación o una súplica.

—El Eco... habló —dijo finalmente.

Mira frunció el ceño.

—¿Cómo que habló? No tienen voz.

—No habló con sonido —explicó Asthenés—. Habló... dentro de mí.

Milo dio un paso adelante, con la rabia temblando en su mandíbula.

—¿Ves? ¡Lo sabía! ¡Tiene algo que ver con él!
¡Siempre lo ha tenido!

Selene se interpuso.

—Basta, Milo.

—¡No me digas basta! —gritó él—. ¡Ese temblor empezó cuando él llegó! ¡Las huellas aparecieron cuando él salió del asentamiento! ¡Y ahora dice que el Eco le habla!

Amon señaló a Asthenés con el dedo.

—¿Qué te dijo?

Asthenés sintió el peso de la palabra dentro de su pecho.

—Me dijo... “Recuerda”.

Un silencio cayó sobre todos.

Eira se acercó, con la respiración temblorosa.

—¿Recordar qué?

Asthenés negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero... sentí algo. Una imagen. Un destello. Como si hubiera visto algo que olvidé hace mucho tiempo.

Dorian abrió los ojos. Había miedo en ellos. Y culpa.

—¿Qué más dijo? —preguntó, con voz baja.

Asthenés tragó saliva.

—Dijo que... el ataque no fue el principio.

Ariadna apretó su bastón.

—¿Entonces qué fue?

Asthenés levantó la mirada.

—La consecuencia.

El asentamiento entero se quedó inmóvil.

El planeta habló desde sus grietas, desde sus heridas,
desde su memoria.

Y todos lo sintieron.

Un temblor suave recorrió el suelo, como un suspiro
profundo.

Vega se llevó una mano al pecho.

—La tierra... está respirando.

Amon la sujetó del brazo.

—No te acerques a él.

—No es él —susurró ella—. Es el planeta.

Lýkos golpeó la mesa improvisada con el puño.

—¡Tenemos que cerrar el perímetro! ¡No podemos permitir que esas cosas entren aquí!

Eira negó con fuerza.

—Si cerramos, nos atrapamos. No sabemos qué son. No sabemos qué quieren.

—¡Quieren a él! —gritó Milo, señalando a Asthenés.

Selene lo empujó.

—¡No sabes nada!

—¡Sé que desde que llegó, todo se está rompiendo!

Kael levantó la voz por primera vez.

—No es él. Es el mundo.

Todos se giraron hacia él.

Kael continuó:

—Los Ecos no atacan. No destruyen. No buscan sangre. Buscan memoria. Buscan mostrar. Buscan... despertar algo.

—¿Despertar qué? —preguntó Mira.

Kael miró a Asthenés.

—A él.

Asthenés sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

El temblor bajo sus pies se intensificó.

El planeta parecía contener la respiración.

Y entonces, desde el límite del asentamiento, se escuchó un sonido.

No un rugido. No un golpe. No un crujido.

Era un latido.

Un latido profundo. Un latido que venía de la tierra.
Un latido que todos sintieron en el pecho.

Vega cayó de rodillas.

—Está... está aquí.

Amon la sostuvo.

—¿Quién?

Ella levantó la mirada, con los ojos llenos de luz.

—El Eco Mayor.

La bruma se abrió.

Y una sombra gigantesca se acercó al asentamiento.

No corriendo. No atacando. No escondiéndose.

Caminando. Como si cada paso fuera una palabra.

Asthenés sintió su nombre vibrar en el aire.

El planeta habló desde todas partes:

“El tiempo de silencio ha terminado.”

Y el asentamiento, por primera vez desde el ataque, comprendió que lo que venía... no era miedo. Era verdad.

CAPÍTULO 3 — El Eco Mayor entra en el asentamiento

El latido que se escuchó desde el límite del asentamiento no fue un sonido. Fue una presencia.

Un golpe profundo, mineral, que hizo vibrar las tablas del suelo, los fogones apagados, las herramientas de Nara, los recipientes de Helena, los nervios de Milo, la respiración de Selene, la paciencia de Ariadna, la culpa de Dorian, la fe de Vega, la rabia de Amon.

El asentamiento entero se tensó como si el mundo estuviera a punto de partirse en dos.

La bruma se abrió.

Y el Eco Mayor apareció.

No era como los Ecos que habían visto antes. No era una sombra densa ni una figura difusa. Era una forma imposible, hecha de roca viva, luz que no iluminaba, raíces que se movían como dedos, ceniza suspendida en el aire como si desafiara la gravedad.

Cada paso que daba dejaba una huella profunda, igual a las que encontraron al amanecer, pero estas no eran solo marcas: eran memorias.

Asthenés sintió su nombre vibrar en el pecho.

Kael retrocedió un paso, pero no por miedo: por respeto. Rhea levantó el arma, aunque sabía que era inútil. Orin y Lysa se movieron como sombras, listos para actuar, aunque no sabían cómo. Mira apretó los labios, intentando contener el temblor de sus manos. Eira dio un paso adelante, como si quisiera estudiar aquello que la ciencia nunca podría explicar. Selene tomó aire, como si el Eco hubiera robado parte del suyo. Milo apretó los puños, incapaz de decidir si debía correr o atacar. Amon se puso delante de Vega, protegiéndola del mundo entero. Vega, sin embargo, dio un paso hacia el Eco, como si algo dentro de ella reconociera su presencia.

El Eco Mayor se detuvo en el centro del asentamiento.

No tenía rostro. No tenía ojos. Pero todos sintieron que los miraba.

El temblor bajo los pies de Asthenés se convirtió en un murmullo. Un murmullo que no venía de la tierra, sino del propio Eco.

Y entonces, sin voz, sin sonido, sin aire, el Eco habló dentro de cada mente.

“Memoria.”

La palabra cayó como un rayo silencioso.

Ariadna se llevó una mano al pecho. Dorian cerró los ojos, como si la palabra hubiera tocado una herida antigua. Selene sintió que algo dentro de ella se quebraba. Milo dio un paso atrás, temblando. Eira apretó los dientes, intentando comprender. Kael bajó la cabeza, como si aceptara un juicio inevitable. Vega dejó escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Asthenés sintió que la palabra se clavaba en su pecho como una semilla.

El Eco Mayor levantó una mano hecha de tierra viva. La extendió hacia Asthenés.

Amon gritó:

—¡No te acerques!

Pero Vega lo detuvo.

—No es peligro —susurró—. Es... llamado.

Asthenés dio un paso adelante.

El Eco Mayor inclinó la cabeza. Y el planeta habló desde todas sus grietas, desde todas sus heridas, desde todas sus memorias:

“El ataque no fue el principio.”

La tierra vibró. El cielo se oscureció. El aire se volvió pesado.

El Eco Mayor tocó el suelo.

Y el asentamiento entero vio algo imposible.

El suelo se iluminó. No con luz natural. No con fuego. Sino con memoria.

Imágenes surgieron desde la tierra como si fueran raíces de luz:

- bosques ardiendo antes del ataque,
- mares llenos de plástico antes de la caída,
- ciudades perforando la tierra antes del desastre,
- guerras que dejaron cicatrices que ni el tiempo cerró,
- máquinas que devoraban montañas,
- ríos que se secaban sin que nadie los escuchara.

El asentamiento vio todo. Sintió todo. Recordó todo.

El Eco Mayor habló otra vez, sin voz:

“Consecuencia.”

Asthenés cayó de rodillas.

—¿Qué... qué quieres que recuerde? —susurró.

El Eco Mayor se inclinó hacia él.

Y el planeta respondió:

“Tu origen.”

El temblor se volvió un latido. La luz se volvió sombra. La bruma se cerró como un puño.

Y el asentamiento comprendió que lo que venía... no era castigo. Era revelación.

Una revelación que cambiaría todo.

CAPÍTULO 4 — La grieta vuelve a abrirse

El Eco Mayor permanecía inmóvil en el centro del asentamiento, como una estatua hecha de dolor antiguo. Pero su quietud no era calma. Era contención.

Asthenés lo sabía. Lo sentía en el pecho, en la piel, en la memoria que aún no recordaba.

El temblor bajo sus pies se volvió más intenso. No era un aviso. Era un llamado.

Lýkos levantó la voz, intentando recuperar el control que nunca tuvo.

—¡Todos dentro de las barreras! ¡Ahora!

Pero nadie se movió.

Eira dio un paso adelante.

—Si nos encerramos, no veremos lo que quiere mostrarnos.

—¡No quiero ver nada! —gritó Milo—. ¡Quiero que esto termine!

Selene lo sujetó del brazo.

—No puedes terminar lo que no entiendes.

Milo se soltó con brusquedad.

—¡Y tú no puedes defenderlo siempre!

Amon se interpuso entre Milo y Asthenés.

—No te acerques a él.

—¿Por qué? —escupió Milo—. ¿Qué es? ¿Qué significa? ¿Por qué todo gira alrededor de él?

Vega, temblando, respondió antes que Asthenés.

—Porque el planeta lo nombró.

El silencio cayó como una piedra.

Ariadna apretó su bastón. Dorian bajó la mirada. Kael cerró los ojos, como si aceptara una verdad inevitable. Rhea tensó la mandíbula. Orin y Lysa se miraron, inquietos.

Asthenés sintió que el mundo entero lo observaba.

—Yo no pedí esto —susurró.

El Eco Mayor levantó una mano hecha de tierra viva. La extendió hacia él.

El temblor se convirtió en un latido.

Y entonces, la tierra se abrió.

No como un terremoto. No como una fractura natural. Sino como una respiración profunda.

La grieta que en el Tomo I reveló la primera memoria del planeta volvió a abrirse, pero esta vez no era una herida. Era un ojo.

Un ojo que miraba al asentamiento. Un ojo que miraba a Asthenés. Un ojo que miraba a la humanidad entera.

El planeta habló desde la grieta, desde las raíces, desde la roca viva:

“No olvidaron. Negaron.”

La grieta se iluminó con un brillo tenue, como si la memoria del mundo se encendiera desde dentro.

Imágenes surgieron:

- árboles que ardían antes del ataque,
- mares que se llenaban de plástico sin que nadie mirara,
- ciudades que perforaban la tierra buscando riquezas que no necesitaban,
- guerras que se repetían como un eco interminable,

- montañas que se desmoronaban bajo máquinas insaciables,
- ríos que morían sin despedida.

El asentamiento vio todo. Sintió todo. Recordó todo.

Mira cayó de rodillas. Helena se llevó las manos al rostro. Evan apretó los dientes, intentando contener el llanto. Nara dejó caer las herramientas, incapaz de sostenerlas. Taro se escondió detrás de su madre, temblando.

El Eco Mayor habló sin voz:

“Consecuencia.”

Asthenés sintió un golpe en el pecho. Una imagen. Un destello. Un fragmento de algo que había olvidado... o que nunca quiso recordar.

—¿Qué... qué significa? —preguntó, con la voz quebrada.

La grieta respondió:

“Tu origen.”

El mundo vibró. El cielo se oscureció. La bruma se cerró como un puño.

Amon gritó:

—¡Cierren el perímetro! ¡Ahora!

Pero Lýkos negó con fuerza.

—No podemos cerrar lo que ya está dentro.

El Eco Mayor dio un paso adelante.

La grieta se abrió más.

Y el planeta pronunció una frase que hizo temblar a todos:

“El ataque no vino de fuera. Vino de dentro.”

Asthenés sintió que el mundo se inclinaba bajo sus pies.

Milo retrocedió, temblando. Selene dejó escapar un suspiro que parecía un llanto. Eira apretó los labios, intentando comprender. Kael bajó la cabeza. Vega se cubrió el rostro. Dorian murmuró algo que nadie escuchó.

La grieta respiró.

El Eco Mayor levantó ambas manos.

Y el planeta habló con una claridad que atravesó huesos, memorias y silencios:

“Lo que destruyó el mundo... fue lo que ustedes olvidaron.”

El asentamiento quedó inmóvil.

El mundo también.

Y Asthenés, por primera vez, sintió que su nombre no era solo un nombre.

Era una deuda.

Una verdad.

Un destino.

CAPÍTULO 5 — La Visión

La grieta seguía abierta como un ojo que no parpadeaba. El Eco Mayor permanecía inmóvil, pero su quietud era un puente, una invitación, una orden silenciosa.

Asthenés sintió que el mundo entero lo empujaba hacia adelante.

—No tienes que hacerlo —susurró Selene, con la voz quebrada.

Pero él ya estaba caminando.

Kael intentó detenerlo.

—Asthenés, espera. No sabemos qué quiere mostrarte.

Asthenés lo miró con una calma que no era suya.

—No es lo que quiere mostrarme. Es lo que yo olvidé.

El Eco Mayor inclinó la cabeza, como si confirmara sus palabras.

El temblor bajo los pies de Asthenés se convirtió en un pulso. Un pulso que no venía de la tierra, sino de él mismo.

Cuando llegó al borde de la grieta, el mundo cambió.

La luz se volvió sombra. La sombra se volvió memoria. La memoria se volvió visión.

El planeta habló desde todas partes:

“Mira.”

Asthenés cayó de rodillas.

La grieta se iluminó.

Y la visión comenzó.

La caída

Al principio no vio nada. Solo una bruma espesa, igual a la que cubría la llanura desde el ataque. Pero esta bruma no era natural. Era un velo.

Una cortina.

Una mentira.

La bruma se abrió.

Y Asthenés vio el mundo antes del ataque.

Bosques vivos, respirando. Ríos que cantaban.
Montañas que se alzaban como guardianes. Ciudades

que brillaban con luces que no herían. Niños corriendo entre árboles que aún tenían hojas verdes.

Asthenés sintió un nudo en la garganta.

—Yo... yo no recuerdo esto.

El planeta respondió:

“Porque lo negaste.”

La visión cambió.

El cielo se oscureció. Las ciudades se llenaron de humo. Los mares se volvieron densos, pesados, enfermos. Los bosques ardieron sin que nadie los escuchara. Las montañas se quebraron bajo máquinas insaciables. Los ríos murieron sin despedida.

Asthenés retrocedió, temblando.

—¿Qué... qué hicimos?

El planeta habló con una voz que era roca, raíz y ceniza:

“No fue maldad. Fue olvido.”

La visión se aceleró.

Guerras. Explosiones. Cielos rojos. Tierras perforadas. Animales huyendo. Humanos corriendo sin saber de qué. Gritos. Silencios. Más silencios.

Hasta que el ataque llegó.

Pero no como Asthenés lo recordaba.

No como una fuerza externa. No como un enemigo desconocido. No como un castigo divino.

El ataque surgió desde dentro del planeta. Desde una herida. Desde un punto donde la tierra ya no podía sostener más.

Una luz blanca. Un estallido. Un temblor que atravesó continentes. Un rugido que no venía del cielo, sino del suelo.

Asthenés gritó.

—¡No! ¡No puede ser! ¡Nosotros no...!

El planeta lo interrumpió:

“No fue culpa. Fue consecuencia.”

La visión se volvió más intensa.

Asthenés vio algo imposible.

Una figura. Pequeña. Frágil. Humana.

Un niño.

Un niño que caminaba entre ruinas. Un niño que tocaba la tierra con la mano. Un niño que lloraba sin lágrimas.

El planeta habló:

“Ese niño eras tú.”

Asthenés sintió que el mundo se inclinaba bajo sus pies.

—No... no recuerdo... no puede ser...

La visión mostró al niño levantando la vista. Sus ojos estaban llenos de luz. Una luz que no era humana.

El planeta dijo:

“Por eso te llamé Asthenés.”

El niño tocó el suelo. La tierra vibró. La grieta se abrió por primera vez.

El ataque no destruyó al niño. El niño despertó al planeta.

Asthenés cayó al suelo, temblando.

—¿Qué soy...?

El Eco Mayor se inclinó hacia él.

Y el planeta respondió:

“Eres mi herida. Eres mi memoria. Eres mi hijo.”

La visión terminó.

La grieta se cerró.

El mundo quedó en silencio.

Asthenés permaneció en el suelo, respirando como si hubiera corrido durante días.

Kael se acercó, temblando.

—¿Qué viste?

Asthenés levantó la mirada.

Sus ojos ya no eran los mismos.

—El origen —susurró—. El verdadero origen.

Selene dio un paso adelante.

—¿Y ahora qué?

Asthenés miró al Eco Mayor.

El planeta habló desde todas partes:

“Ahora... recuerdan.”

CAPÍTULO 6 — La culpa compartida

El silencio que siguió a la visión no fue un silencio normal. Fue un silencio que pesaba. Un silencio que se sentía en los huesos. Un silencio que parecía observarlos.

Asthenés seguía arrodillado frente a la grieta, respirando como si el aire fuera demasiado denso para entrar en sus pulmones. El Eco Mayor permanecía a su lado, inmóvil, como un guardián hecho de memoria mineral.

El asentamiento entero lo miraba.

Pero nadie se atrevía a hablar.

Hasta que Helena, con las manos temblorosas, dio un paso adelante.

—Lo vimos todos... —susurró—. No solo él.

Evan apretó los dientes.

—No fue un ataque externo. Fue... lo que hicimos.

Milo retrocedió, como si las palabras fueran golpes.

—¡No! ¡No puede ser culpa nuestra! ¡No puede ser culpa de la humanidad!

Selene lo miró con una tristeza que no había mostrado nunca.

—No es culpa. Es consecuencia.

Amon se acercó, con la respiración acelerada.

—¿Y qué se supone que hagamos con eso? ¿Aceptar que destruimos el mundo? ¿Aceptar que lo que nos pasó... nos lo hicimos nosotros mismos?

Vega levantó la mirada. Sus ojos estaban llenos de luz, como si aún viera fragmentos de la visión.

—No lo destruimos. Lo olvidamos.

Ariadna apretó su bastón.

—El planeta no nos acusa. Nos recuerda.

Kael se adelantó, con la voz grave.

—La visión no fue un juicio. Fue una memoria.

Rhea añadió:

—Una memoria que todos compartimos ahora.

El Eco Mayor inclinó la cabeza. La grieta respiró. El planeta habló desde todas partes:

“La culpa no es de uno. Es de todos.”

El temblor recorrió el asentamiento como un suspiro profundo.

Dorian cerró los ojos, como si la frase hubiera tocado una herida que llevaba años escondiendo.

—Yo... —murmuró—. Yo sabía que algo no encajaba. Sabía que el ataque no venía del cielo. Sabía que... había señales antes.

Milo lo miró con rabia.

—¿Y no dijiste nada?

Dorian bajó la cabeza.

—Tenía miedo.

El planeta respondió:

“Todos tuvieron miedo.”

Eira se acercó a Asthenés.

—Lo que viste... ¿era real?

Asthenés levantó la mirada. Sus ojos ya no eran los mismos. Había algo nuevo en ellos: una mezcla de dolor, claridad y destino.

—Sí —susurró—. Era real.

Mira se arrodilló a su lado.

—¿Y qué significa para nosotros?

Asthenés tragó saliva.

—Que no somos víctimas. Somos parte de la herida.

El Eco Mayor extendió una mano hecha de tierra viva. La apoyó sobre el suelo.

La grieta se iluminó.

Y el planeta habló:

“La culpa compartida es memoria compartida. Y la memoria compartida... es esperanza.”

El asentamiento quedó inmóvil.

Helena lloró en silencio. Evan apretó los puños, intentando contener el temblor. Nara se cubrió el rostro con las manos. Taro se abrazó a su madre. Amon miró al suelo, derrotado. Vega dejó escapar un suspiro que parecía un llanto. Selene tomó aire, como si el mundo hubiera cambiado de densidad. Milo se desplomó sobre una piedra, sin fuerzas para sostener su rabia. Kael cerró los ojos. Rhea bajó la cabeza.

Orin y Lysa se quedaron quietos, como sombras sin dirección.

Asthenés se puso de pie.

—El planeta no quiere destruirnos —dijo, con una voz que no temblaba—. Quiere que recordemos.

El Eco Mayor dio un paso atrás.

La grieta se cerró lentamente, como un ojo que decide descansar.

El planeta habló una última vez:

“La memoria es el primer castigo. Y también la primera salvación.”

El asentamiento respiró.

Por primera vez desde el ataque, todos sintieron lo mismo.

No miedo. No rabia. No negación.

Sino culpa compartida.

Y en esa culpa, una chispa.

Una chispa que el planeta había estado esperando.

CAPÍTULO 7 — El viaje hacia la grieta

El asentamiento seguía temblando por dentro. No por el Eco Mayor. No por la grieta. Sino por la verdad.

La culpa compartida había caído sobre todos como una lluvia de ceniza. Nadie hablaba. Nadie respiraba con normalidad. Nadie sabía qué hacer con lo que había visto.

Asthenés se puso de pie lentamente. Sus piernas temblaban, pero no por miedo. Era otra cosa. Una fuerza que no era suya. Un llamado.

Kael lo observó con atención.

—Vas a ir —dijo, sin preguntar.

Asthenés asintió.

—La grieta me llamó. Y ahora... me espera.

Selene dio un paso adelante.

—No puedes ir solo.

Asthenés la miró con una tristeza que parecía antigua.

—No es un camino para todos.

Milo se levantó de golpe.

—¿Y por qué tú sí? ¿Por qué siempre tú? ¿Qué eres?

Asthenés no respondió. No porque no quisiera. Sino porque no sabía cómo.

Amon se acercó, con la respiración acelerada.

—Si vas, Vega no irá contigo.

Vega lo miró, herida.

—No puedes decidir por mí.

—No es decisión —dijo Amon—. Es protección.

El planeta habló desde las grietas, desde las raíces, desde la tierra viva:

“No todos deben caminar hacia la memoria.”

Vega bajó la mirada. Amon la abrazó sin decir nada.

Eira se acercó a Asthenés.

—¿Qué crees que encontrarás allí?

Asthenés tragó saliva.

—Mi origen. Y el origen del ataque.

Dorian apretó los puños.

—Entonces debes ir. Alguien tiene que saber la verdad completa.

Ariadna apoyó su bastón en el suelo.

—Pero no irás solo.

Kael dio un paso adelante.

—Los Errantes iremos contigo.

Rhea asintió.

—No podemos dejar que enfrentes lo que sea que haya allí sin protección.

Orin y Lysa se acercaron, silenciosos, como sombras que ya habían tomado su decisión.

Asthenés negó con suavidad.

—No es un viaje de armas. Ni de fuerza. Ni de vigilancia.

Kael frunció el ceño.

—¿Entonces qué es?

Asthenés miró al Eco Mayor.

El Eco inclinó la cabeza.

Y el planeta respondió:

“Es un viaje de memoria.”

El asentamiento entero sintió un escalofrío.

Helena se acercó con Taro de la mano.

—¿Volverás? —preguntó el niño.

Asthenés se arrodilló frente a él.

—Haré todo lo posible.

Taro lo miró con ojos llenos de miedo.

—No quiero que el mundo te coma.

Asthenés sonrió con tristeza.

—El mundo no quiere comerme. Quiere hablar
conmigo.

El Eco Mayor dio un paso atrás. La grieta se iluminó.
El temblor se volvió un pulso.

Kael respiró hondo.

—Si no podemos acompañarte... al menos déjanos escoltarte hasta el borde.

Asthenés asintió.

—Hasta el borde, sí. Más allá... debo ir solo.

Selene se acercó y tomó su mano.

—No olvides quién eres.

Asthenés la miró con una mezcla de dolor y gratitud.

—Estoy empezando a recordarlo.

Milo se apartó, incapaz de sostener la mirada.

Eira observó el horizonte, como si intentara descifrar el futuro.

Amon abrazó a Vega con fuerza.

Ariadna murmuró una oración antigua.

Dorian cerró los ojos, como si enviara un pensamiento silencioso.

Nara dejó caer las herramientas, incapaz de concentrarse en nada más.

Helena sostuvo a Taro, temblando.

Evan apretó los dientes, intentando contener el miedo.

Mira respiró hondo, como si el aire fuera más pesado.

El asentamiento entero se reunió.

Asthenés dio el primer paso.

Kael, Rhea, Orin y Lysa caminaron detrás de él.

El Eco Mayor los observó.

La grieta respiró.

El planeta habló:

“El camino hacia la memoria comienza ahora.”

Y Asthenés, por primera vez desde que escuchó su nombre, sintió que caminaba hacia su destino.

No hacia la grieta. No hacia la verdad. Sino hacia sí mismo.

CAPÍTULO 8 — El descenso

El borde de la grieta se alzaba frente a Asthenés como una boca abierta, como un susurro mineral que pedía ser escuchado. El Eco Mayor permanecía a su lado, inmóvil, como un guardián hecho de roca viva. Kael, Rhea, Orin y Lysa se detuvieron unos metros atrás, cumpliendo la promesa: acompañarlo hasta el límite, pero no más allá.

El asentamiento observaba desde la distancia. Nadie hablaba. Nadie respiraba con normalidad. Nadie sabía si volverían a verlo.

Asthenés dio un paso hacia el borde.

El planeta habló desde las profundidades:

“No temas. La memoria no devora. Revela.”

El temblor bajo sus pies se volvió un pulso. Un pulso que no venía de la tierra, sino de él mismo.

Kael se acercó un poco más.

—Si algo ocurre... grita.

Asthenés sonrió con tristeza.

—Aquí dentro... no creo que el sonido funcione igual.

Rhea apretó la empuñadura de su arma.

—No podemos seguirte, pero tampoco podemos dejar de vigilar.

Orin y Lysa inclinaron la cabeza, como sombras que aceptaban un destino inevitable.

Asthenés respiró hondo.

Y descendió.

El primer tramo

La grieta no era un agujero. No era una cueva. No era una fractura natural.

Era un pasaje.

Las paredes parecían moverse, como si respiraran. La luz era tenue, pero no venía de arriba: venía de dentro de la roca, como si la memoria del planeta emitiera un brillo propio.

Cada paso que daba resonaba como un latido.

Asthenés sintió que el aire cambiaba. No era aire normal. Era denso, cargado de algo que no podía nombrar.

El planeta habló:

“Aquí nacen los Ecos.”

Asthenés tocó la pared. La roca estaba caliente. Viva.

—¿Por qué... aquí? —susurró.

“Porque aquí fue donde me heriste por primera vez.”

Asthenés sintió un golpe en el pecho. No físico.
Emocional.

La grieta se estrechó. El temblor se intensificó.

El segundo tramo: La luz que no es luz

La luz cambió. Ya no era tenue. Era pulsante. Como si cada destello fuera una respiración del planeta.

Asthenés avanzó con cuidado.

Las paredes mostraban imágenes. No grabadas. No pintadas. Proyectadas desde la memoria misma:

- árboles ardiendo,
- mares enfermos,
- ciudades perforando la tierra,
- guerras que repetían su eco,
- montañas quebrándose,
- ríos muriendo sin despedida.

Asthenés tocó una de las imágenes. La luz se volvió líquida. Se deslizó por su mano como si fuera agua.

—¿Esto es... lo que viste? —preguntó.

“Esto es lo que olvidaron.”

La luz se apagó. La grieta se ensanchó.

El tercer tramo: La voz del planeta

El aire vibró.

No como un sonido. No como un temblor. Sino como una voz que no necesitaba palabras.

Asthenés sintió que la tierra hablaba directamente dentro de su pecho.

“Asthenés...”

El joven se detuvo.

—Estoy aquí.

“Eres mi herida.”

Asthenés tragó saliva.

—Lo sé.

“Eres mi memoria.”

—Lo sé.

“Eres mi hijo.”

Asthenés cerró los ojos. Una lágrima cayó, pero no llegó al suelo: la grieta la absorbió como si fuera parte de ella.

—¿Por qué yo? —susurró.

El planeta respondió:

“Porque tú escuchaste antes que todos.”

La grieta vibró. La luz se intensificó.

El corazón de la grieta

El pasaje terminó.

Asthenés llegó a una cámara enorme, imposible, viva. El suelo era roca líquida. Las paredes eran luz pulsante. El aire era memoria.

En el centro, una forma.

No un Eco. No una sombra. No una criatura.

Era el corazón del planeta.

Un núcleo hecho de luz, roca, ceniza y raíz. Un latido mineral. Una herida viva.

Asthenés dio un paso adelante.

El núcleo habló:

“Aquí nació el ataque.”

Asthenés sintió que el mundo entero se inclinaba bajo sus pies.

—Muéstrame —susurró.

El núcleo se abrió.

La luz lo envolvió.

Y Asthenés vio la verdad que cambiaría todo.

CAPÍTULO 9 — El origen de los Ecos

El núcleo del planeta seguía abierto frente a Asthenés, pulsando como un corazón hecho de luz mineral. La cámara vibraba con un ritmo que no pertenecía al mundo humano. Era un latido antiguo, profundo, casi sagrado.

Asthenés dio un paso hacia el núcleo. La luz lo envolvió como si lo reconociera.

El planeta habló desde todas partes:

“Antes de que ustedes olvidaran, yo también olvidé.”

Asthenés sintió un escalofrío.

—¿Qué olvidaste?

La luz del núcleo se intensificó.

“Olvidé que incluso la vida más vasta puede romperse.”

La cámara tembló. Las paredes mostraron imágenes que no eran recuerdos humanos, sino memorias del propio planeta:

- montañas respirando,
- mares creciendo,

- bosques moviéndose como si tuvieran conciencia,
- ríos que hablaban en silencio,
- raíces que se comunicaban bajo la tierra como nervios vivos.

Asthenés observó, maravillado.

—El mundo... estaba vivo de otra forma.

“Siempre lo estuvo.”

La luz cambió. Se volvió más oscura. Más pesada.

“Pero cuando ustedes olvidaron, yo también sufrí.”

La cámara mostró nuevas imágenes:

- incendios que no eran naturales,
- perforaciones profundas,
- explosiones que desgarraban la corteza,
- guerras que dejaban cicatrices que ni el tiempo podía cerrar,
- mares llenos de veneno,
- cielos saturados de humo.

Asthenés sintió un nudo en la garganta.

—Lo vi en la visión... pero no así.

“Esto es lo que yo sentí.”

La luz se volvió roja. La cámara vibró con fuerza.

“Y cuando el dolor fue demasiado grande...
nacieron ellos.”

Asthenés abrió los ojos de golpe.

—¿Los Ecos?

El núcleo respondió:

“Sí.”

La luz se expandió, mostrando la primera aparición
de un Eco.

No era como los que Asthenés había visto. Era más
pequeño. Más frágil. Una forma hecha de roca
líquida, luz tenue y ceniza suspendida.

Parecía un niño hecho de tierra.

Asthenés sintió un escalofrío.

—¿Eran... inocentes?

“Eran dolor.”

La cámara mostró cómo el primer Eco se levantaba
desde una grieta recién abierta. Su cuerpo temblaba.
No por miedo. Por memoria.

“Los Ecos son mis heridas caminando.”

Asthenés tragó saliva.

—¿Y por qué... ahora? ¿Por qué vuelven?

El núcleo respondió:

“Porque tú despertaste la grieta.”

Asthenés retrocedió, temblando.

—¿Yo?

“Cuando dijiste ‘perdóname’, abriste una memoria que llevaba siglos cerrada.”

La cámara mostró el momento exacto: Asthenés tocando el tronco quemado en el Tomo I. La tierra vibrando. La grieta respirando. El primer Eco acercándose.

Asthenés sintió un golpe en el pecho.

—Entonces... ¿los Ecos me buscan?

“No para dañarte.”

La luz se volvió suave.

“Para completarte.”

Asthenés se quedó inmóvil.

—¿Completarme?

“Tú eres mi herida más antigua.”

La cámara mostró algo imposible:

Un niño. El mismo niño de la visión. Caminando entre ruinas. Tocando la tierra. Despertando la primera grieta.

Asthenés sintió que el mundo se inclinaba bajo sus pies.

—Ese niño... era yo.

“Sí.”

La luz se volvió blanca.

“Los Ecos nacieron de mi dolor. Tú naciste de mi memoria.”

Asthenés cayó de rodillas.

—¿Qué significa eso?

El núcleo respondió con una claridad que atravesó huesos, silencios y destinos:

“Que tú y los Ecos son lo mismo.”

Asthenés levantó la mirada, temblando.

—¿Lo mismo?

“Ellos son mis heridas. Tú eres la primera.”

La cámara vibró. La luz se expandió. El núcleo habló una última vez:

“Por eso conocen tu nombre. Por eso te buscan. Por eso te recuerdan.”

Asthenés sintió que su respiración se quebraba.

—¿Y ahora... qué quieren de mí?

El núcleo respondió:

“Que sanes lo que abriste.”

La luz se apagó.

La cámara quedó en silencio.

Y Asthenés comprendió que su destino no era entender el mundo. Era repararlo.

CAPÍTULO 10 — El primer sacrificio

El núcleo del planeta se cerró lentamente, como un ojo que decide descansar después de mostrar demasiado. La cámara quedó en silencio, pero no era un silencio vacío. Era un silencio que contenía una decisión.

Asthenés permaneció de rodillas, respirando con dificultad. La luz que lo había envuelto se desvanecía, pero su efecto seguía dentro de él, como un fuego que no quemaba, como una verdad que no se apagaba.

El planeta habló desde todas partes:

“La memoria no basta. La herida debe cerrarse.”

Asthenés levantó la mirada.

—¿Qué... qué significa?

La cámara vibró. El núcleo pulsó. La grieta respondió:

“Significa que necesito un sacrificio.”

Asthenés sintió que el mundo se inclinaba bajo sus pies.

—¿Un sacrificio... mío?

“No.”

La luz se volvió roja. La cámara tembló.

“Un sacrificio de ellos.”

Asthenés retrocedió.

—¿Del asentamiento?

“De la humanidad.”

El temblor se intensificó. La grieta se abrió un poco más, como si respirara con dificultad.

Asthenés sintió un escalofrío.

—¿Qué... qué quieres que entreguen?

El núcleo respondió con una claridad que atravesó huesos, silencios y destinos:

“Quiero que entreguen aquello que más temen perder.”

Asthenés tragó saliva.

—¿Qué es eso?

La luz se volvió blanca.

“La seguridad.”

Asthenés se quedó inmóvil.

—¿La seguridad...?

“Han vivido escondidos. Han vivido huyendo. Han vivido negando. Han vivido protegiéndose de mí.”

La cámara vibró.

“Para sanar, deben dejar de esconderse.”

Asthenés sintió un golpe en el pecho.

—¿Quieres que salgan de la barrera?

“Sí.”

El núcleo pulsó con fuerza.

“Quiero que se expongan. Quiero que se muestren. Quiero que se entreguen al mundo que olvidaron.”

Asthenés negó con la cabeza.

—No lo aceptarán. Tienen miedo.

“El miedo es la herida más profunda.”

La luz se volvió oscura.

“Y debe ser sacrificada.”

Asthenés respiró hondo.

—¿Y si no lo hacen?

El planeta respondió sin suavidad:

“Entonces la grieta crecerá.”

La cámara tembló. La luz se expandió. El núcleo habló con una voz que era roca, raíz y ceniza:

“Y el mundo volverá a romperse.”

Asthenés cerró los ojos.

—No puedo obligarlos.

“No debes obligarlos.”

La luz se volvió suave.

“Debes guiarlos.”

Asthenés abrió los ojos.

—¿Yo?

“Tú eres mi herida. Tú eres mi memoria. Tú eres mi hijo.”

El núcleo se apagó.

La cámara quedó en silencio.

Asthenés comprendió que el primer sacrificio no era sangre. No era muerte. No era dolor físico.

Era renuncia.

Renunciar al miedo. Renunciar a la barrera.
Renunciar a la seguridad que los había mantenido vivos... pero también ciegos.

Asthenés se puso de pie.

El planeta habló una última vez:

“Diles que el mundo no quiere destruirlos. Quiere que regresen.”

Asthenés respiró hondo.

Y comenzó el ascenso.

El regreso

Cuando emergió de la grieta, el asentamiento entero lo esperaba.

Kael dio un paso adelante.

—¿Qué viste?

Asthenés miró a todos.

A Selene, con los ojos llenos de esperanza. A Milo, temblando entre rabia y miedo. A Eira, intentando comprender lo incomprensible. A Amon, protegiendo a Vega con el cuerpo entero. A Ariadna, sosteniendo su bastón como si fuera un ancla. A Dorian, cargando culpas antiguas. A Helena, abrazando a Taro. A Nara, con las manos sucias de herramientas que ya no importaban. A Evan, con la mandíbula apretada. A Mira, con la respiración contenida. A los Errantes, firmes como sombras.

Asthenés habló.

—El planeta... quiere un sacrificio.

El asentamiento contuvo la respiración.

—¿Qué sacrificio? —preguntó Lýkos.

Asthenés tragó saliva.

—Quiere que dejemos la barrera. Quiere que salgamos. Quiere que nos expongamos al mundo.

Milo gritó:

—¡Eso es suicidio!

Selene lo miró con tristeza.

—No es suicidio. Es confianza.

Amon negó con fuerza.

—No podemos hacerlo. No podemos arriesgar a Vega. No podemos arriesgar a nadie.

Kael respiró hondo.

—Si el planeta lo pide... no es castigo. Es necesidad.

Eira se acercó a Asthenés.

—¿Y si no lo hacemos?

Asthenés cerró los ojos.

—La grieta crecerá. Y el mundo volverá a romperse.

El asentamiento quedó inmóvil.

El planeta habló desde todas partes:

“El primer sacrificio es el miedo.”

Y todos comprendieron que la decisión que venía... sería la más difícil de sus vidas.

CAPÍTULO 11 — El núcleo de la grieta

El ascenso de Asthenés fue lento, casi ritual. Cada paso que daba parecía resonar en la cámara como si la grieta quisiera retenerlo, como si la memoria del planeta se negara a soltarlo tan rápido. Cuando emergió a la superficie, el aire le pareció extraño: demasiado ligero, demasiado humano.

El asentamiento lo observaba en silencio.

Pero el silencio no era vacío. Era expectación. Era miedo. Era culpa.

Kael se acercó primero.

—¿Qué ocurrió ahí dentro?

Asthenés respiró hondo. La luz del núcleo seguía dentro de él, como un fuego que no quemaba, como una verdad que no se apagaba.

—El planeta... habló del sacrificio —dijo—. Pero también habló de algo más.

Selene dio un paso adelante.

—¿Qué más?

Asthenés miró hacia la grieta. La tierra vibró, como si respondiera a su mirada.

—El núcleo... está vivo.

Milo bufó, intentando ocultar el temblor de sus manos.

—¿Qué significa eso? ¿Que la grieta piensa?

Asthenés negó con suavidad.

—No piensa. Recuerda.

Amon apretó los dientes.

—¿Y qué recuerda?

Asthenés tragó saliva.

—Todo.

La grieta se iluminó. No como antes. No como un destello. Sino como un latido.

El Eco Mayor dio un paso adelante. Su cuerpo hecho de roca viva vibró con la misma frecuencia que la grieta.

El planeta habló desde las profundidades:

“La memoria no es suficiente. La herida debe ser juzgada.”

El asentamiento contuvo la respiración.

Eira frunció el ceño.

—¿Juzgada... por quién?

La grieta respondió:

“Por ustedes.”

Ariadna apretó su bastón.

—¿Nosotros? ¿Juzgar qué?

La luz se volvió más intensa.

“Juzgar si merecen continuar.”

El silencio cayó como una piedra.

Helena se llevó una mano al pecho. Evan apretó los puños. Nara retrocedió un paso. Taro se escondió detrás de su madre. Vega tembló. Amon la sostuvo. Mira dejó escapar un suspiro que parecía un llanto. Dorian cerró los ojos, como si la frase hubiera tocado una herida antigua. Milo se desplomó sobre una piedra. Selene miró a Asthenés con miedo y esperanza mezclados. Kael bajó la cabeza. Rhea tensó la mandíbula. Orin y Lysa se quedaron inmóviles, como sombras sin dirección.

Asthenés sintió que el mundo entero se inclinaba bajo sus pies.

—¿Continuar... qué? —preguntó, con la voz quebrada.

El planeta respondió:

“La vida.”

La grieta vibró. La luz se expandió. El Eco Mayor levantó ambas manos.

“El ataque no fue destrucción. Fue advertencia.”

Asthenés sintió un golpe en el pecho.

—¿Advertencia de qué?

La grieta respondió:

“De que la humanidad había olvidado demasiado.”

El temblor se intensificó.

“Ahora deben decidir si quieren recordar... o repetir.”

Selene dio un paso adelante.

—¿Y cómo... cómo se decide algo así?

La luz se volvió suave.

“Con un juicio.”

Amon frunció el ceño.

—¿Un juicio? ¿Aquí? ¿Ahora?

“Sí.”

La grieta se abrió un poco más. El núcleo pulsó. El Eco Mayor se inclinó.

Asthenés sintió que la tierra hablaba directamente dentro de su pecho.

“Tú serás el puente.”

Asthenés retrocedió.

—¿Yo?

“Tú eres mi herida. Tú eres mi memoria. Tú eres mi hijo.”

El asentamiento quedó inmóvil.

Kael respiró hondo.

—¿Qué debemos hacer?

La grieta respondió:

“Prepararse.”

La luz se apagó lentamente.

“El juicio comenzará cuando todos estén listos.”

Asthenés sintió que su respiración se quebraba.

—¿Y si no estamos listos?

El planeta respondió con una claridad que atravesó huesos, silencios y destinos:

“Entonces el mundo decidirá por ustedes.”

La grieta se cerró.

El Eco Mayor se volvió sombra.

Y el asentamiento comprendió que lo que venía...
no era memoria. No era culpa. No era sacrificio.

Era juicio.

CAPÍTULO 12 — El origen del ataque

El núcleo de la grieta seguía vibrando bajo la superficie, como un corazón que no quería dejar de latir. Asthenés permanecía frente a la abertura, con la respiración temblorosa y la luz del planeta aún prendida en sus ojos. El asentamiento lo observaba desde la distancia, sin atreverse a acercarse demasiado.

Kael dio un paso adelante.

—Dijiste que el planeta quiere un sacrificio. Pero... ¿por qué? ¿Qué ocurrió realmente?

Asthenés miró hacia la grieta. La tierra respondió con un temblor suave, como si lo invitara a hablar.

—Porque el ataque... no fue lo que pensamos.

Selene frunció el ceño.

—¿Qué fue entonces?

Asthenés tragó saliva.

—Fue... el nacimiento de algo.

Milo retrocedió, temblando.

—¿Nacimiento? ¿De qué?

Asthenés respiró hondo.

—De los Ecos.

La grieta se iluminó. El Eco Mayor dio un paso adelante, como si confirmara sus palabras.

El planeta habló desde las profundidades:

“El ataque no vino del cielo. Vino de mí.”

El asentamiento contuvo la respiración.

Amon apretó los dientes.

—¿Cómo que vino de ti? ¿Qué significa eso?

La grieta respondió:

“Significa que el mundo no fue atacado. Fue... desgarrado.”

La luz se volvió más intensa. La cámara vibró. El núcleo pulsó.

Asthenés sintió que la tierra hablaba directamente dentro de su pecho.

—El ataque fue una reacción —dijo—. Una respuesta. Un grito.

Eira dio un paso adelante.

—¿A qué?

Asthenés cerró los ojos.

—A nosotros.

El silencio cayó como una piedra.

Helena se llevó una mano al rostro. Evan apretó los puños. Nara dejó caer las herramientas. Taro se escondió detrás de su madre. Vega tembló. Amon la sostuvo. Mira dejó escapar un suspiro que parecía un llanto. Ariadna apretó su bastón. Dorian cerró los ojos, como si la frase hubiera tocado una herida antigua. Milo se desplomó sobre una piedra. Selene miró a Asthenés con miedo y esperanza mezclados. Kael bajó la cabeza. Rhea tensó la mandíbula. Orin y Lysa se quedaron inmóviles, como sombras sin dirección.

Asthenés continuó:

—El ataque fue el momento en que el planeta ya no pudo sostener más. No fue castigo. No fue venganza. Fue... colapso.

La grieta se abrió un poco más. La luz se volvió roja.

El planeta habló:

“Cuando la herida es demasiado grande, la vida se defiende.”

Asthenés sintió un golpe en el pecho.

—El ataque fue la defensa del mundo. Una defensa que no sabía cómo detener.

La cámara de la memoria se abrió.

Imágenes surgieron desde la grieta:

- máquinas perforando la tierra,
- explosiones desgarrando la corteza,
- incendios que no eran naturales,
- mares saturados de veneno,
- cielos cubiertos de humo,
- guerras que repetían su eco,
- montañas quebrándose bajo el peso de la ambición humana.

El asentamiento vio todo. Sintió todo. Recordó todo.

El planeta habló:

“No quise destruirlos. Quise sobrevivir.”

Asthenés tragó saliva.

—El ataque no fue un enemigo. Fue un reflejo. Un espejo. Una consecuencia inevitable.

La grieta vibró.

“Y en ese momento... nacieron los Ecos.”

La luz se volvió blanca.

Asthenés vio el primer Eco levantarse desde la grieta, pequeño, frágil, hecho de roca líquida y luz tenue.

—Los Ecos son el dolor del planeta —dijo—. Su memoria. Su defensa. Su grito.

El núcleo pulsó.

“Y tú... eres el primero.”

Asthenés sintió que el mundo entero se inclinaba bajo sus pies.

—Yo... desperté la grieta.

“Sí.”

—Yo... provoqué el primer Eco.

“Sí.”

—Yo... soy parte del ataque.

La grieta respondió:

“Eres parte de la herida. Y también parte de la cura.”

El asentamiento quedó inmóvil.

Asthenés levantó la mirada.

—El ataque no fue el fin. Fue el comienzo. El comienzo de algo que ahora debemos terminar.

La grieta se cerró lentamente.

El planeta habló una última vez:

“La verdad está revelada. Ahora deben decidir qué hacer con ella.”

El asentamiento respiró.

Y por primera vez desde el ataque, todos comprendieron que la historia que conocían... no era la historia completa.

CAPÍTULO 13 — La decisión

El asentamiento entero se reunió alrededor de la grieta. No porque quisieran. Sino porque el planeta los había llamado.

La luz que emanaba del suelo era tenue, pero suficiente para iluminar los rostros tensos, las manos temblorosas, los ojos que buscaban respuestas en un mundo que ya no ofrecía certezas.

Asthenés permanecía en el centro, con la respiración contenida. El Eco Mayor estaba detrás de él, inmóvil, como una sombra mineral que esperaba el veredicto.

Kael fue el primero en hablar.

—Si el planeta quiere que salgamos de la barrera... debemos discutirlo.

Milo bufó, con la rabia temblando en su mandíbula.

—¿Discutirlo? ¿En serio? ¿Salir ahí fuera?
¿Exponernos? ¿A qué? ¿A ellos?

Señaló al Eco Mayor con un gesto brusco.

Selene lo miró con una mezcla de tristeza y firmeza.

—Ellos no nos atacan. Nos muestran.

—¡Nos muestran miedo! —gritó Milo—. ¡Nos muestran que no somos nada!

Amon se interpuso.

—No es miedo. Es memoria.

Vega, temblando, añadió:

—Y la memoria... no mata.

Eira dio un paso adelante.

—El planeta no quiere destruirnos. Quiere que dejemos de escondernos.

Ariadna apoyó su bastón en el suelo.

—La barrera nos ha protegido. Pero también nos ha aislado.

Dorian cerró los ojos.

—Nos ha convertido en sombras de lo que fuimos.

Helena abrazó a Taro con fuerza.

—¿Y si salimos... y no hay nada? ¿Y si el mundo nos devora?

El planeta habló desde las profundidades:

“El mundo no devora. El mundo recuerda.”

El temblor recorrió el asentamiento como un suspiro.

Asthenés levantó la mirada.

—El planeta quiere que dejemos el miedo. Ese es el sacrificio.

Kael frunció el ceño.

—¿Y cómo se sacrifica el miedo?

Asthenés respiró hondo.

—Caminando hacia él.

La grieta se iluminó. El Eco Mayor inclinó la cabeza.

El planeta habló:

“La decisión es suya.”

Milo dio un paso adelante, temblando.

—Yo no saldré. No voy a morir por una memoria.

Selene lo miró con dolor.

—Nadie te obliga.

Amon sostuvo a Vega.

—Yo... tampoco puedo arriesgarla.

Vega lo miró con lágrimas.

—Amon... si no salimos, la grieta crecerá.

—Lo sé —susurró él—. Pero no puedo perderte.

Eira se acercó a Asthenés.

—Yo saldré contigo.

Kael asintió.

—Los Errantes también.

Rhea levantó la mano.

—No podemos pedirle al planeta que confíe en nosotros si nosotros no confiamos en él.

Orin y Lysa se acercaron, silenciosos.

Ariadna respiró hondo.

—Yo... también iré. He vivido demasiado tiempo escondida.

Dorian abrió los ojos.

—Si este es el juicio... quiero estar presente.

Helena tembló.

—Taro no puede salir.

El planeta respondió:

“Los niños no deben caminar hacia la memoria.”

Helena lloró de alivio.

Nara levantó la voz por primera vez.

—Yo... no sé qué hacer.

Asthenés la miró con suavidad.

—Nadie sabe. Por eso es una decisión.

El asentamiento quedó dividido.

Los que saldrían. Los que se quedarían. Los que temían. Los que confiaban. Los que dudaban. Los que ya habían decidido.

La grieta vibró.

El planeta habló:

“El juicio no es castigo. Es elección.”

Asthenés dio un paso adelante.

—Yo saldré. No porque no tenga miedo. Sino porque quiero que el mundo deje de sufrir por nuestra memoria.

Kael se colocó a su lado. Rhea también. Orin y Lysa. Eira. Ariadna. Dorian.

Selene se acercó.

—Yo también.

Milo gritó:

—¡Estáis locos!

Amon abrazó a Vega.

—No puedo.

Vega lo miró con lágrimas.

—Yo sí.

Amon se quedó inmóvil.

La grieta se iluminó.

El planeta habló una última vez:

“La decisión está tomada.”

El asentamiento respiró.

Y el mundo... también.

CAPÍTULO 14 — El primer paso fuera de la barrera

La barrera siempre había sido una frontera. No solo física. También emocional. Un límite entre el miedo y la supervivencia, entre la memoria y el olvido, entre lo que quedaba del mundo y lo que el asentamiento había decidido no mirar.

Ahora, por primera vez desde el ataque, un grupo se preparaba para cruzarla.

Asthenés caminó hacia el borde, con la luz del núcleo aún prendida en sus ojos. Kael lo seguía, firme como una sombra que había aceptado su destino. Rhea avanzaba con la mandíbula tensa, sin armas levantadas, como si entendiera que la violencia no tenía lugar en lo que venía. Orin y Lysa se movían en silencio, atentos a cada vibración del suelo. Eira llevaba un cuaderno en la mano, aunque sabía que ninguna ciencia podía explicar lo que estaban a punto de ver. Ariadna apoyaba su bastón en cada paso, como si el mundo entero fuera demasiado frágil para caminar sin cuidado. Dorian cerraba los ojos de vez en cuando, como si enviara pensamientos a un pasado que ya no podía cambiar. Selene caminaba cerca de Asthenés, sin tocarlo, pero sintiendo cada respiración suya como si fuera propia. Vega avanzaba con miedo, pero también con una luz nueva en la mirada.

El Eco Mayor los observaba desde la distancia, inmóvil, como un guardián que no necesitaba moverse para proteger.

El resto del asentamiento se quedó atrás.

Milo, con los puños apretados. Amon, abrazando a Vega con la mirada, aunque ella ya caminaba lejos. Helena, sosteniendo a Taro, que miraba con ojos demasiado grandes para su edad. Nara, con las manos sucias de herramientas que ya no importaban. Evan, con la mandíbula apretada. Mira, temblando. Lýkos, intentando mantener una autoridad que ya no tenía.

Asthenés se detuvo frente a la barrera.

La estructura vibraba. No como una máquina. No como un campo de energía. Sino como un animal que sabe que está a punto de ser abandonado.

El planeta habló desde las profundidades:

“La seguridad es la primera ilusión.”

Kael respiró hondo.

—¿Cómo se apaga?

Asthenés levantó la mano. La barrera reaccionó. La luz se volvió tenue. El aire se volvió pesado.

Selene dio un paso atrás.

—Asthenés...

Él la miró con una calma que no era suya.

—No la apago yo. La apaga el mundo.

La barrera tembló.

El Eco Mayor levantó una mano hecha de roca viva.

La grieta vibró.

El planeta habló:

“La memoria abre. El miedo cierra.”

La barrera se apagó.

No con un destello. No con un sonido. Sino con un suspiro.

Un suspiro que parecía decir:

Por fin.

El aire cambió. El olor del mundo entró en el asentamiento como un animal que llevaba años esperando en la puerta.

Tierra húmeda. Ceniza antigua. Bruma viva. Silencio que no era vacío. Viento que no era viento.

Asthenés dio el primer paso.

El suelo fuera de la barrera era distinto. Más blando. Más cálido. Más vivo.

Kael lo siguió. Rhea también. Orin y Lysa. Eira. Ariadna. Dorian. Selene. Vega.

El planeta habló:

“Bienvenidos de vuelta.”

El asentamiento observó desde la distancia.

Milo gritó:

—¡Volved! ¡No sabéis qué hay ahí fuera!

Amon tembló.

—Vega...

Ella no se giró.

Helena lloró en silencio. Taro levantó la mano, como si quisiera tocar el aire nuevo. Nara dejó caer las herramientas. Evan apretó los dientes. Mira se cubrió la boca. Lýkos bajó la cabeza.

Asthenés avanzó unos pasos más.

La bruma se abrió.

Y el mundo apareció.

No destruido. No muerto. No vacío.

Sino esperando.

Montañas que respiraban. Árboles que se movían como si tuvieran conciencia. Ríos que brillaban con una luz que no era natural. Ecos pequeños caminando entre las raíces, observando sin miedo.

Selene dejó escapar un suspiro.

—Es... hermoso.

Eira tembló.

—No es destrucción. Es transformación.

Kael frunció el ceño.

—O advertencia.

Asthenés sintió que el planeta hablaba directamente dentro de su pecho.

“El juicio comienza con el primer paso.”

El grupo avanzó.

La barrera quedó atrás.

El asentamiento también.

Y el mundo, por primera vez desde el ataque, volvió a sentir la presencia humana sobre su piel.

CAPÍTULO 15 — El sendero de las raíces

El mundo fuera de la barrera no era como lo recordaban. No era ruina. No era devastación. No era silencio.

Era movimiento.

La bruma se abría y cerraba como si respirara. Los árboles se inclinaban ligeramente hacia el grupo, no por viento, sino por intención. Las montañas vibraban con un ritmo que no pertenecía a la geología. El suelo estaba cálido, como si tuviera pulso.

Asthenés avanzó con cautela. Cada paso parecía despertar algo bajo la tierra.

Kael observaba todo con la mirada de un soldado que intenta comprender un campo de batalla que no sigue ninguna regla humana. Rhea mantenía la mano cerca del arma, aunque sabía que no serviría de nada. Orin y Lysa se movían como sombras, atentos a cada vibración. Eira anotaba en su cuaderno, aunque sabía que ninguna ciencia podía explicar lo que veía. Ariadna caminaba despacio, como si el mundo entero fuera demasiado frágil para apresurarse. Dorian respiraba hondo, intentando contener el peso de la memoria. Selene avanzaba cerca de Asthenés, sin tocarlo, pero sintiendo cada latido del planeta.

Vega caminaba con miedo, pero también con una luz nueva en los ojos.

El Eco Mayor apareció detrás de ellos. No caminó. No se desplazó. Simplemente estuvo.

La bruma se abrió frente al grupo.

Y el planeta habló:

“El sendero comienza aquí.”

Asthenés sintió un escalofrío.

—¿Qué sendero?

La tierra respondió con un temblor suave.

“El sendero de las raíces.”

El suelo se iluminó. No con luz natural. Sino con una luz que parecía surgir desde dentro de la tierra, como si las raíces del planeta fueran hilos de memoria.

Kael frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

Eira se arrodilló y tocó el suelo.

—No es energía. No es calor. Es... información.

Ariadna murmuró:

—Es vida.

El Eco Mayor levantó una mano hecha de roca viva.

La luz de las raíces se intensificó.

Asthenés sintió que el planeta hablaba directamente dentro de su pecho.

“Este sendero muestra lo que queda.”

La bruma se abrió más.

Y el grupo vio algo imposible.

Árboles que se movían como si tuvieran conciencia.
Raíces que se entrelazaban formando caminos. Ecos
pequeños caminando entre las ramas, observando sin
miedo. Ríos que brillaban con una luz que no era
reflejo, sino memoria líquida. Montañas que
respiraban como animales dormidos.

Selene dejó escapar un suspiro.

—Es... hermoso.

Eira tembló.

—No es destrucción. Es transformación.

Kael apretó los dientes.

—O advertencia.

Asthenés avanzó unos pasos más.

El sendero de raíces se extendía frente a él como una invitación.

El planeta habló:

“Este es el camino hacia la verdad.”

Vega se acercó a Asthenés.

—¿Qué verdad?

La tierra vibró.

“La verdad de lo que queda. La verdad de lo que se perdió. La verdad de lo que debe decidirse.”

El Eco Mayor caminó hacia el sendero. Cada paso que daba hacía que las raíces se iluminaran más.

Asthenés sintió que el mundo entero lo empujaba hacia adelante.

—Debemos seguirlo —dijo.

Kael asintió.

—No tenemos otra opción.

Rhea respiró hondo.

—Si este es el juicio... debemos caminar hacia él.

Orin y Lysa se colocaron a los lados de Asthenés, como sombras protectoras.

Ariadna apoyó su bastón en el suelo.

—El mundo nos está mostrando su corazón.

Dorian murmuró:

—Y nosotros... debemos mostrar el nuestro.

Selene tomó aire.

—Vamos.

Vega tembló, pero dio un paso adelante.

El sendero de raíces se iluminó bajo sus pies.

El planeta habló una última vez:

“Caminen. El juicio espera.”

Y el grupo avanzó por el sendero de las raíces,
dejando atrás la barrera, el asentamiento y el miedo.

Por primera vez desde el ataque, la humanidad
caminaba hacia el corazón del mundo.

CAPÍTULO 16 — El bosque que recuerda

El sendero de raíces se estrechó a medida que el grupo avanzaba. La bruma se volvió más densa, pero no ocultaba: revelaba. Cada paso parecía despertar un murmullo bajo la tierra, como si miles de voces estuvieran hablando en un idioma vegetal que solo el planeta entendía.

Asthenés sintió que el aire cambiaba. No era aire normal. Era memoria suspendida.

Kael levantó la mano, deteniendo al grupo.

—Escuchad.

Rhea frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

Orin y Lysa se inclinaron, atentos.

Eira cerró los ojos.

—No es viento. No es animal. Es... vibración.

Ariadna apoyó su bastón en el suelo.

—El bosque nos está hablando.

Selene dio un paso adelante.

—¿Qué dice?

Asthenés respondió antes de que el planeta lo hiciera.

—Recuerda.

La bruma se abrió.

Y el bosque apareció.

No era un bosque normal. No era un conjunto de árboles. Era una memoria viva.

Los troncos tenían grietas que brillaban con luz tenue. Las hojas se movían como si respiraran. Las raíces se entrelazaban formando caminos, símbolos, palabras. Los Ecos pequeños caminaban entre las ramas, tocando la corteza con delicadeza, como si acariciaran cicatrices antiguas.

Vega dejó escapar un suspiro.

—Es... hermoso.

Eira tembló.

—No es belleza. Es historia.

Kael apretó los dientes.

—O advertencia.

Asthenés avanzó hacia el primer árbol.

La corteza vibró.

El planeta habló:

“Cada árbol guarda una memoria humana.”

Selene se acercó.

—¿Memoria... de quién?

La luz del tronco se intensificó.

“De todos.”

Asthenés tocó la corteza.

La madera se volvió líquida. La luz se expandió. Y una imagen surgió desde dentro del árbol:

Un niño corriendo entre ruinas. Una mujer llorando frente a un río seco. Un hombre levantando una máquina que perforaba la tierra. Una familia huyendo del humo. Una ciudad ardiendo sin que nadie la escuchara.

Dorian retrocedió, temblando.

—Son... recuerdos humanos.

Ariadna murmuró:

—El bosque... nos ha estado observando.

La luz cambió.

Nuevas imágenes aparecieron:

Manos plantando árboles. Personas limpiando un río.
Niños recogiendo basura en una playa. Comunidades
reconstruyendo montañas. Humanos abrazando la
tierra.

Selene dejó escapar un llanto suave.

—También recuerda lo bueno.

El planeta habló:

“La memoria no juzga. Solo muestra.”

Asthenés sintió un golpe en el pecho.

—Este bosque... es el archivo del mundo.

La bruma se movió como si asintiera.

Kael respiró hondo.

—¿Y por qué nos trae aquí?

La tierra vibró.

“Porque el juicio necesita memoria.”

Eira frunció el ceño.

—¿Memoria... para quién?

El planeta respondió:

“Para ustedes.”

Asthenés avanzó hacia otro árbol.

La corteza se abrió.

Una nueva imagen surgió:

Asthenés de niño. Solo. Caminando entre ruinas.
Tocando la tierra. Despertando la primera grieta.

Selene se llevó una mano al pecho.

—Asthenés...

Él cerró los ojos.

—El bosque... me recuerda.

La luz se apagó.

El Eco Mayor apareció detrás de ellos.

El planeta habló:

“El juicio no es castigo. Es comprensión.”

Vega tembló.

—¿Y qué debemos comprender?

La bruma se cerró alrededor del grupo.

La tierra vibró.

El bosque habló con miles de voces vegetales:

“Lo que fuisteis. Lo que sois. Lo que podéis ser.”

Asthenés sintió que el mundo entero lo empujaba hacia adelante.

—El juicio... empieza aquí.

El sendero de raíces se iluminó.

El bosque respiró.

Y el grupo comprendió que lo que venía... no era viaje. No era memoria. No era sacrificio.

Era verdad.

CAPÍTULO 17 — El árbol del origen

El sendero de raíces se estrechó hasta convertirse en una línea luminosa que avanzaba entre la bruma como una vena viva. El bosque respiraba alrededor del grupo, no con viento, sino con intención. Cada tronco vibraba. Cada hoja temblaba. Cada raíz parecía moverse bajo sus pies.

Asthenés caminaba al frente, guiado por algo que no era visión ni intuición, sino memoria. Una memoria que no era suya... pero que lo reconocía.

Kael observaba todo con la tensión de un soldado que sabe que está entrando en territorio sagrado. Rhea mantenía la mano cerca del arma, aunque sabía que no serviría de nada. Orin y Lysa se movían como sombras, atentos a cada vibración. Eira anotaba sin parar, aunque sabía que ninguna ciencia podía explicar lo que veía. Ariadna avanzaba despacio, como si cada paso fuera una plegaria. Dorian respiraba hondo, intentando contener el peso de la memoria. Selene caminaba cerca de Asthenés, sin tocarlo, pero sintiendo cada latido del planeta. Vega temblaba, pero seguía adelante.

El Eco Mayor los acompañaba desde atrás, silencioso, como un guardián mineral.

La bruma se abrió.

Y el árbol apareció.

El árbol que no debería existir

Era gigantesco. Más alto que cualquier montaña cercana. Más ancho que cualquier estructura humana. Su tronco estaba cubierto de grietas luminosas que pulsaban como venas. Sus raíces se extendían por kilómetros, entrelazándose con el sendero que habían recorrido. Sus hojas brillaban con una luz que no era reflejo, sino memoria pura.

Selene dejó escapar un suspiro.

—Es... imposible.

Eira tembló.

—No es un árbol. Es... un archivo.

Ariadna murmuró:

—Es un corazón.

Kael apretó los dientes.

—O un juicio.

Asthenés dio un paso adelante.

El árbol vibró.

La luz de sus grietas se intensificó.

El planeta habló desde todas partes:

“Este es el árbol del origen.”

Vega se llevó una mano al pecho.

—¿Origen... de qué?

La tierra respondió:

“De todo.”

El tronco se abrió ligeramente, como si respirara.

Asthenés sintió un golpe en el pecho.

—Este árbol... me recuerda.

La luz se volvió más intensa.

El planeta habló:

“Este árbol te vio nacer.”

Selene se acercó, temblando.

—¿Nacer... aquí?

Asthenés cerró los ojos.

—Sí.

La bruma se movió como si asintiera.

La memoria del árbol

El tronco se abrió más.

Una luz líquida cayó desde la grieta, formando una imagen suspendida en el aire.

Un niño. Solo. Caminando entre ruinas. Tocando la tierra. Despertando la primera grieta.

Dorian retrocedió.

—Es... él.

Ariadna apretó su bastón.

—El árbol lo recuerda.

La luz cambió.

Nuevas imágenes surgieron:

El ataque. La explosión. La grieta abriéndose. Los Ecos naciendo. El planeta gritando. La humanidad huyendo. El mundo transformándose.

Kael respiró hondo.

—Este árbol... vio el ataque.

Eira murmuró:

—No solo lo vio. Lo sintió.

La luz se volvió roja.

El planeta habló:

“Este árbol es mi memoria más antigua.”

Asthenés dio un paso adelante.

—¿Por qué... nos traes aquí?

La tierra vibró.

“Porque el juicio necesita origen.”

Selene frunció el ceño.

—¿Origen... para qué?

El árbol respondió:

“Para decidir si merecen continuar.”

El silencio cayó como una piedra.

Vega tembló.

—¿Este árbol... decide?

La luz se volvió suave.

“No decide. Muestra.”

Asthenés tocó el tronco.

La corteza se volvió líquida.

La luz se expandió.

Y una imagen surgió desde el corazón del árbol:

Asthenés adulto. De pie. Frente a una grieta abierta.
Con los Ecos detrás de él. Con el planeta hablando
dentro de su pecho.

Selene se llevó una mano al rostro.

—Es... ahora.

Asthenés sintió que el mundo entero se inclinaba
bajo sus pies.

—El árbol... sabe lo que viene.

La luz se apagó lentamente.

El planeta habló:

“El juicio comienza aquí.”

Kael respiró hondo.

—¿Qué debemos hacer?

La tierra respondió:

“Escuchar.”

El árbol vibró.

Las raíces se iluminaron.

La bruma se cerró alrededor del grupo.

Y el bosque habló con miles de voces vegetales:

“Lo que fuisteis. Lo que sois. Lo que podéis ser.”

Asthenés sintió que el mundo entero lo empujaba hacia adelante.

—El juicio... empieza ahora.

El árbol del origen abrió su grieta por completo.

Y el grupo comprendió que lo que venía... no era memoria. No era viaje. No era sacrificio.

Era veredicto.

CAPÍTULO 18 — El veredicto del bosque

El árbol del origen abrió su grieta por completo. La luz que emergió no era luz natural. Era memoria pura. Una memoria tan antigua que parecía anterior al propio planeta, como si la tierra recordara incluso aquello que nunca fue dicho.

Asthenés dio un paso adelante. La luz lo envolvió como si lo reconociera. El resto del grupo se quedó detrás, temblando, pero sin retroceder.

Kael apretó los dientes. Rhea tensó la mandíbula. Orin y Lysa se inclinaron ligeramente, como si el bosque los estuviera evaluando. Eira levantó el cuaderno, aunque sabía que ninguna ciencia podía registrar lo que estaba a punto de ver. Ariadna apoyó su bastón en el suelo, como si necesitara un ancla. Dorian cerró los ojos, preparándose para un golpe emocional. Selene tomó aire, sintiendo que el planeta respiraba dentro de ella. Vega tembló, pero no se movió.

El Eco Mayor se colocó detrás de Asthenés, como un guardián mineral.

La bruma se cerró alrededor del grupo.

El planeta habló:

“El juicio comienza con la verdad de lo que fuisteis.”

La luz del árbol se intensificó.

Primera memoria: La ambición

La grieta del árbol proyectó una imagen suspendida en el aire.

Ciudades gigantescas. Luces artificiales. Máquinas perforando montañas. Ríos desviados. Bosques talados. Cielos cubiertos de humo.

Eira murmuró:

—Es... antes del ataque.

Ariadna negó con la cabeza.

—Es mucho antes.

El planeta habló:

“Olvidasteis que la tierra respira.”

Kael apretó los dientes.

—Esto... lo sabíamos.

La luz se volvió más intensa.

“Pero no lo escuchasteis.”

Segunda memoria: La negación

La imagen cambió.

Personas caminando entre basura. Ríos llenos de plástico. Animales huyendo. Incendios que ardían sin que nadie los mirara. Niños jugando bajo un cielo gris, sin saber que el color no era natural.

Selene se llevó una mano al pecho.

—Esto... duele.

El planeta habló:

“No fue maldad. Fue olvido.”

Dorian cerró los ojos.

—Y el olvido... es más peligroso que la maldad.

Tercera memoria: La ruptura

La luz se volvió roja.

Explosiones. Guerras. Cielos saturados de humo. Montañas quebrándose. Mares enfermos. Ciudades colapsando.

Vega tembló.

—Es... el principio del fin.

El planeta respondió:

“No fue fin. Fue advertencia.”

Kael frunció el ceño.

—Advertencia que no escuchamos.

Cuarta memoria: El nacimiento del ataque

La luz se volvió blanca.

La grieta del planeta abriéndose por primera vez.
Una explosión que no venía del cielo, sino del suelo.
Un rugido que atravesó continentes. El primer Eco
levantándose desde la tierra, pequeño, frágil, hecho
de luz y roca líquida.

Rhea retrocedió.

—Ese... es el primer Eco.

El planeta habló:

“El ataque no fue castigo. Fue defensa.”

Asthenés sintió un golpe en el pecho.

—El planeta... se defendió de nosotros.

La luz se volvió suave.

“Y en esa defensa... nacieron mis heridas.”

El Eco Mayor inclinó la cabeza.

Quinta memoria: Asthenés

La luz cambió.

El niño. Solo. Caminando entre ruinas. Tocando la tierra. Despertando la primera grieta.

Selene dejó escapar un suspiro quebrado.

—Asthenés...

Ariadna murmuró:

—El árbol... lo recuerda todo.

El planeta habló:

“Él fue la primera herida. Y también la primera esperanza.”

Asthenés cerró los ojos.

—Yo... no sabía.

“No debías saber. Debías recordar.”

El veredicto

La luz del árbol se apagó lentamente.

El bosque quedó en silencio.

El planeta habló con una voz que era raíz, roca y memoria:

“Lo que fuisteis... fue olvido.”

Kael bajó la cabeza.

“Lo que sois... es consecuencia.”

Selene tembló.

“Lo que podéis ser... es decisión.”

Asthenés abrió los ojos. —¿Y cuál es el veredicto?

La bruma se cerró. El árbol vibró. Las raíces se iluminaron.

El planeta respondió:

“Aún no está decidido.”

El silencio cayó como una piedra.

“El juicio continúa.”

CAPÍTULO 19 — La memoria prohibida

El árbol del origen permanecía abierto, como una herida luminosa que no sangraba, pero que dolía. La luz que emergía de su grieta era distinta a todo lo que el grupo había visto antes: más densa, más pesada, más antigua.

Asthenés sintió que el aire se volvía difícil de respirar. No por falta de oxígeno. Sino por exceso de verdad.

Kael se acercó un paso, pero el Eco Mayor levantó una mano hecha de roca viva, impidiéndole avanzar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rhea, con la voz tensa.

El planeta habló desde las profundidades:

“Lo que viene... no es memoria común. Es memoria prohibida.”

Selene tembló.

—¿Prohibida... por quién?

La tierra respondió:

“Por mí.”

El silencio cayó como una piedra.

Ariadna apretó su bastón. Dorian tragó saliva. Eira dejó de escribir. Vega retrocedió un paso. Orin y Lysa se inclinaron, como si el bosque estuviera a punto de revelar algo que incluso ellos temían.

Asthenés dio un paso adelante.

—Muéstrala.

La luz del árbol se volvió negra.

La memoria que el planeta ocultó

La grieta del árbol proyectó una imagen suspendida en el aire.

Pero esta vez no era clara. Era fragmentada. Rota. Como si la memoria misma hubiera sido dañada.

Asthenés sintió un golpe en el pecho.

—¿Qué es esto?

El planeta respondió:

“Es lo que ocurrió... antes del ataque.”

La imagen se estabilizó.

Y el grupo vio algo imposible.

Humanos. No miles. No millones. Un grupo pequeño. En un laboratorio subterráneo. Rodeados de máquinas que no pertenecían a ninguna época conocida. Pantallas que mostraban mapas del planeta. Estructuras que parecían vivas.

Kael frunció el ceño.

—¿Qué... es esto?

Eira tembló.

—No es tecnología conocida. Es... algo más.

La luz se intensificó.

El planeta habló:

“Intentaron despertarme.”

Rhea retrocedió.

—¿Despertarte? ¿Para qué?

La imagen cambió.

Los humanos del laboratorio activaban una máquina. Una esfera de luz surgía del suelo. La tierra vibraba. Las raíces se movían. El planeta gritaba.

Ariadna murmuró:

—Intentaron... comunicarse contigo.

El planeta respondió:

“Intentaron controlarme.”

El silencio se volvió más pesado.

La verdad prohibida

La imagen mostró el momento exacto.

La máquina perforó la corteza del planeta. No como una excavación. No como una explotación. Sino como una intrusión directa en la memoria del mundo.

Asthenés sintió que la respiración se le quebraba.

—Ellos... provocaron la grieta.

La luz se volvió roja.

“Sí.”

Selene se llevó una mano al rostro.

—Entonces... el ataque no fue solo defensa.

El planeta habló:

“Fue reacción a una agresión.”

Kael apretó los dientes.

—¿Quiénes eran?

La imagen se acercó.

Los rostros eran humanos. Pero sus ojos... no.

Eran fríos. Vacíos. Como si hubieran olvidado que también eran parte del mundo.

Eira murmuró:

—No eran científicos. No eran militares. No eran exploradores.

Dorian añadió:

—Eran... algo nuevo.

La luz se volvió negra.

El planeta habló:

“Eran los primeros en olvidar que la vida no es propiedad.”

Asthenés sintió un escalofrío.

—¿Y qué hicieron?

La imagen mostró el momento final.

La máquina activándose. La corteza del planeta abriéndose. La grieta naciendo. El primer Eco levantándose. El laboratorio colapsando. Los humanos huyendo. El planeta gritando.

Vega tembló.

—Ellos... despertaron el ataque.

El planeta respondió:

“Ellos lo iniciaron. Ustedes lo continuaron.”

El silencio cayó como una piedra.

La parte que nadie sobrevivió para ver

La luz cambió.

La imagen mostró algo nuevo.

El niño. Asthenés. Caminando entre ruinas. Tocando la tierra.

Pero esta vez... había algo más.

Una figura detrás de él. Una sombra humana.
Observándolo. Guiándolo. Empujándolo hacia la grieta.

Selene dejó escapar un suspiro quebrado.

—¿Quién... es eso?

Asthenés sintió que el mundo entero se inclinaba bajo sus pies.

—Yo... no estaba solo.

El planeta habló:

“La memoria prohibida revela que tu origen... no fue accidente.”

Kael dio un paso adelante.

—¿Qué significa eso?

La luz se volvió blanca.

“Significa que alguien te llevó a la grieta.”

Asthenés sintió que su respiración se quebraba.

—¿Quién?

El árbol respondió:

“Aún no está permitido mostrarlo.”

La grieta se cerró de golpe.

La luz se apagó.

El bosque quedó en silencio.

El planeta habló una última vez:

“La memoria prohibida ha sido revelada. El juicio continúa.”

Asthenés cayó de rodillas.

Y el grupo comprendió que lo que venía... no era verdad. No era memoria. No era sacrificio.

Era identidad.

CAPÍTULO 20 — La sombra del origen

El árbol del origen permanecía cerrado, como si la memoria prohibida que acababa de mostrar hubiera agotado su luz. La bruma se movía alrededor del grupo como un animal inquieto. El bosque entero parecía contener la respiración.

Asthenés seguía de rodillas, con la mirada clavada en el suelo. No por debilidad. Sino por revelación.

Kael se acercó, pero el Eco Mayor levantó una mano hecha de roca viva, impidiéndole avanzar.

—Déjalo —dijo Rhea, con la voz baja—. Está procesando.

Selene se arrodilló a su lado, sin tocarlo.

—Asthenés... ¿qué has visto?

Él levantó la mirada. Sus ojos ya no eran los mismos. Había algo nuevo en ellos: una mezcla de dolor, claridad y destino.

—No estaba solo —susurró—. El día del ataque... alguien me llevó a la grieta.

Vega retrocedió un paso.

—¿Quién?

Asthenés negó con la cabeza.

—El árbol no quiso mostrarlo.

Ariadna apretó su bastón.

—Si el planeta oculta un rostro... es porque ese rostro importa.

La bruma se cerró alrededor del grupo.

El planeta habló desde las profundidades:

“La sombra del origen debe ser revelada con cuidado.”

Kael frunció el ceño.

—¿Por qué?

La tierra respondió:

“Porque esa sombra aún vive.”

El silencio cayó como una piedra.

Eira tembló.

—¿Vive... aquí? ¿En el asentamiento?

El planeta no respondió.

La grieta del árbol se abrió lentamente.

Una luz tenue emergió.

Asthenés sintió que el mundo entero lo empujaba hacia adelante.

—Muéstralo —dijo, con la voz firme.

La luz se volvió negra.

La figura en la memoria

La grieta proyectó una imagen suspendida en el aire.

El niño. Asthenés. Caminando entre ruinas. Tocando la tierra. Despertando la primera grieta.

Pero esta vez... la figura detrás de él no estaba oculta.

Era humana. Alta. Delgada. Cubierta con una capa oscura. El rostro oculto bajo una máscara de respiración. Los ojos... fríos. Demasiado fríos para pertenecer a alguien que aún recordara la vida.

Selene dejó escapar un suspiro quebrado.

—No... puede ser.

Kael apretó los dientes.

—¿Quién es?

La luz se acercó.

La figura levantó al niño con cuidado. Lo llevó hacia la grieta. Lo dejó allí. Y luego... desapareció entre la bruma.

Asthenés sintió que la respiración se le quebraba.

—Me... entregó.

El planeta habló:

“La sombra del origen no es enemigo. Es intención.”

Rhea frunció el ceño.

—¿Intención de qué?

La luz se volvió roja.

“De despertar la memoria del mundo.”

Ariadna murmuró:

—Entonces... esa persona sabía lo que hacía.

El planeta respondió:

“Sí.”

Dorian dio un paso adelante.

—¿Quién era?

La luz cambió.

La figura se volvió más nítida.

La máscara desapareció.

El rostro apareció.

Y el grupo contuvo la respiración.

Era humano. Muy humano. Demasiado humano.

Selene se llevó una mano al rostro.

—No... no puede ser...

Kael retrocedió.

—Es...

Asthenés sintió que el mundo entero se inclinaba bajo sus pies.

—Lo conozco.

La luz se intensificó.

El planeta habló:

“La sombra del origen es alguien que aún vive entre ustedes.”

El silencio se volvió insoportable.

Vega tembló.

—¿Quién... quién es?

La luz se apagó de golpe.

El árbol cerró su grieta.

El bosque quedó en silencio.

El planeta habló una última vez:

“El juicio no puede continuar hasta que la sombra sea encontrada.”

Asthenés se puso de pie.

—Entonces... debemos volver al asentamiento.

Kael asintió.

—Y descubrir quién te llevó a la grieta.

Selene tomó aire.

—Quién te convirtió en herida.

Ariadna murmuró:

—Quién inició el ataque.

El Eco Mayor inclinó la cabeza.

La bruma se abrió.

El sendero de raíces se apagó.

El bosque habló con miles de voces vegetales:

“Regresad. La sombra os espera.”

Asthenés respiró hondo.

Y el grupo emprendió el camino de vuelta.

El juicio... había cambiado de dirección.

CAPÍTULO 21 — El regreso del grupo

El sendero de raíces se apagó detrás de ellos, como si el bosque quisiera cerrar la puerta para que nadie más pudiera entrar sin permiso. La bruma se volvió más densa, pero no hostil: era una escolta silenciosa, un acompañamiento vegetal que los guiaba de vuelta al asentamiento.

Asthenés caminaba al frente. No con prisa. No con miedo. Sino con una determinación que no había tenido antes. La memoria prohibida seguía dentro de él, como una luz oscura que no quemaba, pero que pesaba.

Kael avanzaba a su lado, atento a cada sonido. Rhea mantenía la mano cerca del arma, aunque sabía que no serviría de nada contra lo que venía. Orin y Lysa se movían como sombras, vigilando el entorno. Eira caminaba en silencio, con el cuaderno cerrado por primera vez desde que salieron. Ariadna apoyaba su bastón en cada paso, como si el mundo entero fuera demasiado frágil para caminar sin cuidado. Dorian respiraba hondo, intentando contener la culpa que el bosque había despertado. Selene avanzaba cerca de Asthenés, sin tocarlo, pero sintiendo cada vibración del planeta dentro de él. Vega temblaba, pero seguía adelante.

El Eco Mayor los acompañaba desde atrás, silencioso, como un guardián mineral que sabía que

el verdadero peligro no estaba fuera... sino dentro del asentamiento.

La barrera apagada

Cuando el grupo llegó al borde del asentamiento, la barrera seguía apagada. No había luz. No había vibración. No había protección.

Solo silencio.

Milo fue el primero en verlos.

—¡Están de vuelta! —gritó, pero su voz no era de alivio. Era de miedo.

Amon corrió hacia Vega, pero se detuvo a unos metros, como si temiera que ella ya no fuera la misma.

—¿Estás bien?

Vega asintió, aunque sus ojos decían otra cosa.

Helena abrazó a Taro con fuerza. Nara dejó caer las herramientas. Evan apretó los dientes. Mira se cubrió la boca. Lýkos dio un paso adelante, intentando mantener una autoridad que ya no tenía.

Asthenés se detuvo frente a ellos.

El asentamiento entero lo observaba.

Pero esta vez... no lo miraban como líder. Ni como herida. Ni como esperanza.

Lo miraban como sospechoso.

Kael lo notó.

—No es él —dijo, con voz firme—. No es él la sombra.

Milo bufó.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Porque el bosque te lo dijo? ¿Porque el planeta te habla? ¿Porque ahora eres su favorito?

Rhea dio un paso adelante.

—Cállate, Milo.

—¡No! —gritó él—. ¡No vamos a fingir que no vimos lo que vimos! ¡Alguien llevó a Asthenés a la grieta cuando era niño! ¡Alguien inició el ataque! ¡Alguien vive entre nosotros!

El silencio cayó como una piedra.

Amon miró a todos.

—¿Quién?

Selene respiró hondo.

—El árbol no quiso mostrarlo.

Eira añadió:

—Pero dijo que la sombra vive aquí.

Helena tembló.

—¿Aquí... entre nosotros?

Dorian cerró los ojos.

—Sí.

Nara retrocedió un paso.

—¿Y si es uno de los que salió?

Kael negó con fuerza.

—No. El bosque nos habría detenido.

Orin y Lysa asintieron.

Vega murmuró:

—La sombra... está aquí.

El Eco Mayor dio un paso adelante.

El planeta habló desde las profundidades:

“La sombra del origen observa.”

El asentamiento entero contuvo la respiración.

“La sombra del origen espera.”

Asthenés sintió un escalofrío.

“La sombra del origen teme ser descubierta.”

Milo tragó saliva.

—¿Quién... es?

La tierra vibró.

“La sombra del origen está entre ustedes ahora.”

El silencio se volvió insoportable.

Asthenés dio un paso adelante.

—Debemos encontrarla.

Kael asintió.

—Antes de que el juicio continúe.

Selene añadió:

—Antes de que el planeta decida por nosotros.

Ariadna murmuró:

—Antes de que la grieta vuelva a abrirse.

El Eco Mayor inclinó la cabeza.

La bruma se cerró alrededor del asentamiento.

El planeta habló una última vez:

“La sombra ya ha empezado a moverse.”

Asthenés sintió que el mundo entero se inclinaba bajo sus pies.

Y el asentamiento comprendió que lo que venía... no era memoria. No era viaje. No era sacrificio. No era veredicto.

Era caza.

CAPÍTULO 22 — La sospecha

El asentamiento ya no era el mismo. No desde que el grupo regresó del bosque. No desde que el planeta habló. No desde que la sombra del origen fue mencionada.

El aire estaba cargado. No de peligro. De desconfianza.

Asthenés caminó hacia el centro del asentamiento. Kael, Rhea, Orin y Lysa lo escoltaban como si fuera un líder... o un objetivo. Selene avanzaba cerca de él, con la respiración contenida. Eira, Ariadna y Dorian se mantenían detrás, observando cada gesto, cada reacción. Vega caminaba con pasos pequeños, como si temiera que el suelo pudiera abrirse bajo ella.

El resto del asentamiento los esperaba.

Pero esta vez... no con esperanza. Sino con sospecha.

La primera acusación

Milo fue el primero en hablar.

—Alguien llevó a Asthenés a la grieta cuando era niño. Alguien inició el ataque. Alguien vive entre nosotros.

Amon apretó los dientes.

—No sabemos quién es. No sabemos si lo hizo por maldad... o por otra razón.

Milo lo señaló.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Porque quieres proteger a Vega? ¿O porque eres tú?

Vega retrocedió, herida.

—Amon no haría eso.

Milo gritó:

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Lo recuerdas? ¿Lo viste? ¿O solo quieres creerlo?

Amon dio un paso adelante.

—Ten cuidado.

Kael se interpuso.

—Basta.

Pero Milo no se detuvo.

—¿Y si fue uno de los que salió? ¿Y si el bosque no quiso mostrarlo porque es uno de vosotros?

Rhea tensó la mandíbula.

—Si hubiera sido uno de nosotros, el Eco Mayor nos habría detenido.

Orin y Lysa asintieron.

Selene añadió:

—La sombra está aquí. Entre los que se quedaron.

El silencio cayó como una piedra.

La segunda acusación

Nara levantó la voz por primera vez.

—¿Y si fue Lýkos?

Todos se giraron hacia él.

Lýkos retrocedió.

—¿Yo? ¿En serio? ¿Creéis que yo...?

Nara tembló.

—Siempre has querido controlar el asentamiento. Siempre has querido decidir por todos. Siempre has querido mantener la barrera encendida.

Lýkos apretó los dientes.

—Eso no me convierte en traidor.

Evan añadió:

—Pero sí te convierte en alguien que tenía interés en que el mundo no nos encontrara.

Helena abrazó a Taro con fuerza.

—No señaléis sin pruebas.

El planeta habló desde las profundidades:

“La sombra teme ser descubierta.”

Todos se quedaron inmóviles.

La tercera acusación

Mira levantó la mano, temblando.

—¿Y si fue... alguien que ya no está?

Dorian frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Mira tragó saliva.

—El día del ataque... hubo gente que desapareció.
No murieron. No fueron encontrados.
Simplemente... no volvieron.

Ariadna murmuró:

—Los que huyeron.

Eira añadió:

—Los que sabían más de lo que decían.

Kael apretó los dientes.

—Pero el planeta dijo que la sombra vive aquí.
Ahora. Entre nosotros.

El Eco Mayor dio un paso adelante.

La tierra vibró.

“La sombra observa.”

La sospecha cae sobre todos

Asthenés respiró hondo.

—No podemos acusarnos sin pruebas. No podemos
destruirnos antes de que el juicio comience.

Milo gritó:

—¡El juicio ya comenzó! ¡El planeta nos está mirando! ¡Los Ecos nos están escuchando! ¡La grieta está esperando! ¡Y la sombra está aquí!

Amon añadió:

—Si no la encontramos... el planeta decidirá por nosotros.

Selene murmuró:

—Y no nos gustará su decisión.

Ariadna apoyó su bastón en el suelo.

—Entonces debemos investigar. Debemos recordar. Debemos preguntar.

Dorian cerró los ojos.

—Debemos mirar hacia atrás... incluso si duele.

Eira asintió.

—Debemos reconstruir el día del ataque.

Orin y Lysa se colocaron a los lados de Asthenés.

Kael respiró hondo.

—Y debemos hacerlo juntos.

El planeta habló una última vez:

“La sombra ya ha mentido una vez. Pronto volverá a hacerlo.”

Asthenés sintió un escalofrío.

El asentamiento comprendió que lo que venía... no era memoria. No era viaje. No era sacrificio. No era veredicto. No era caza.

Era verdad contra mentira.

Y la sombra del origen... ya estaba escuchando.

CAPÍTULO 23 — El día del ataque

El asentamiento se reunió en el centro, alrededor de la fogata apagada que solía ser símbolo de unión. Ahora era símbolo de interrogación.

Asthenés permanecía de pie, con la mirada fija en el suelo. Kael, Rhea, Orin y Lysa lo rodeaban como si fueran los guardianes de un testigo crucial. Selene estaba a su lado, con la respiración contenida. Eira, Ariadna y Dorian se mantenían detrás, preparados para escuchar. Vega se sentó en una piedra, abrazándose las rodillas.

El resto del asentamiento formó un círculo.

Milo. Amon. Helena y Taro. Nara. Evan. Mira. Lýkos.

Todos tensos. Todos sospechosos. Todos vulnerables.

Asthenés levantó la mirada.

—Vamos a reconstruir el día del ataque.

Kael asintió.

—Minuto a minuto.

Rhea añadió:

—Sin omitir nada.

El planeta habló desde las profundidades:

“La sombra mintió una vez. Mintió ese día.”

El silencio cayó como una piedra.

Minuto 1: El temblor

Ariadna fue la primera en hablar.

—Recuerdo el temblor. No fue como los anteriores.
Fue... profundo.

Eira añadió:

—Las máquinas de medición se volvieron locas. No
sabían qué registrar.

Orin murmuró:

—El suelo vibró como si respirara.

Asthenés cerró los ojos.

—Yo estaba fuera. Cerca de las ruinas.

Selene lo miró.

—Solo.

Asthenés asintió.

—Sí.

Minuto 2: La grieta

Dorian tomó aire.

—La grieta se abrió sin aviso. No hubo explosión.
No hubo luz. Solo... ruptura.

Kael frunció el ceño.

—Pero no fue natural.

Eira negó con la cabeza.

—No. Fue provocada.

El planeta habló:

“La sombra estaba cerca.”

Todos se tensaron.

Minuto 3: El niño

Helena abrazó a Taro con fuerza.

—Yo estaba en el borde del asentamiento. Vi al
niño... vi a Asthenés... caminando hacia la grieta.

Selene tragó saliva.

—¿Solo?

Helena negó.

—No. Había alguien detrás de él.

El silencio se volvió insoportable.

Amon dio un paso adelante.

—¿Quién?

Helena cerró los ojos.

—No lo sé. La bruma lo cubría. Pero... era alto.
Delgado. Llevaba algo en la cara.

Asthenés sintió un golpe en el pecho.

—Una máscara.

Helena asintió.

—Sí.

Minuto 4: La explosión

Evan habló por primera vez.

—La explosión no vino del cielo. Vino del suelo.
Como si algo hubiera despertado.

Mira añadió:

—El sonido... no era sonido. Era un grito.

Ariadna murmuró:

—El grito del planeta.

El Eco Mayor inclinó la cabeza.

Minuto 5: El primer Eco

Nara tembló.

—Lo vi. El primer Eco. Pequeño. Frágil. Como un niño hecho de roca.

Vega añadió:

—No atacó. Solo... miró.

El planeta habló:

“El primer Eco buscaba al niño.”

Asthenés sintió que la respiración se le quebraba.

—Me buscaba a mí.

Minuto 6: La desaparición

Kael frunció el ceño.

—Ese día... hubo gente que desapareció.

Milo dio un paso adelante.

—Sí. Tres personas. Tres adultos. Tres que estaban cerca de la grieta.

Selene preguntó:

—¿Quiénes?

Milo los señaló uno por uno.

—Nara. Evan. Lýkos.

El silencio cayó como una piedra.

Nara retrocedió.

—¡Yo no hice nada!

Evan apretó los dientes.

—Yo estaba intentando ayudar a los niños.

Lýkos levantó las manos.

—Yo estaba intentando activar la barrera.

El planeta habló:

“Uno de ellos mintió.”

Todos se quedaron inmóviles.

Minuto 7: La sombra se mueve

Asthenés dio un paso adelante.

—La sombra del origen estuvo allí. Cerca de la grieta.
Cerca de mí. Cerca del primer Eco.

Kael añadió:

—Y desapareció justo después del ataque.

Rhea tensó la mandíbula.

—Y volvió a aparecer ahora.

Selene murmuró:

—Entre nosotros.

El planeta habló:

“La sombra mintió ese día. Y mintió hoy.”

Ariadna apretó su bastón.

—Entonces... debemos descubrir quién mintió.

Dorian cerró los ojos.

—Y debemos hacerlo antes de que la grieta vuelva a abrirse.

El Eco Mayor dio un paso adelante.

La tierra vibró.

“La sombra ya ha hablado. Escuchad sus palabras.”

Asthenés sintió un escalofrío.

El asentamiento comprendió que lo que venía... no era reconstrucción. No era memoria. No era sospecha.

Era interrogatorio.

CAPÍTULO 24 — Las tres versiones

El asentamiento se reunió en silencio. No era un silencio vacío. Era un silencio que contenía miedo, sospecha y una verdad que aún no tenía forma.

Asthenés permanecía en el centro, con Kael, Rhea, Orin y Lysa a su alrededor. Selene estaba a su lado, con la respiración contenida. Eira, Ariadna y Dorian observaban con atención. Vega se sentó cerca de Helena y Taro, temblando.

El resto del asentamiento formó un círculo.

Milo. Amon. Nara. Evan. Mira. Lýkos.

El planeta habló desde las profundidades:

“La sombra mintió ese día. La sombra mintió hoy.”

Asthenés dio un paso adelante.

—Vamos a escuchar las tres versiones. Una de ellas... no es verdad.

Kael señaló a Nara.

—Tú primero.

Versión 1: Nara

Nara tragó saliva. Sus manos estaban sucias de herramientas, como siempre. Pero ahora temblaban.

—Yo estaba cerca de la grieta —dijo—. Estaba intentando arreglar una de las máquinas de medición. Cuando el temblor empezó, corrí hacia el asentamiento. No vi al niño. No vi a nadie más. Solo... corrí.

Milo bufó.

—Conveniente.

Nara lo ignoró.

—No sé quién estaba allí. No sé quién llevó a Asthenés. No sé nada más.

Asthenés la observó.

—¿Viste a alguien con máscara?

Nara negó con fuerza.

—No. No vi a nadie.

La tierra vibró suavemente.

“La sombra oculta.”

Nara tembló.

Versión 2: Evan

Kael señaló a Evan.

—Tu turno.

Evan respiró hondo. Su mandíbula estaba tensa.

—Yo estaba con los niños —dijo—. No con Asthenés. Con otros. Cuando el temblor empezó, intenté llevarlos al refugio. No vi la grieta abrirse. No vi al primer Eco. No vi a nadie con máscara.

Selene frunció el ceño.

—¿No escuchaste la explosión?

Evan negó.

—Estaba dentro del refugio cuando ocurrió.

Ariadna murmuró:

—Eso no coincide con lo que dijiste antes.

Evan se tensó.

—Me confundí. Fue hace años. No recuerdo cada detalle.

La tierra vibró.

“La sombra altera.”

Evan apretó los dientes.

Versión 3: Lýkos

Kael señaló a Lýkos.

—Ahora tú.

Lýkos dio un paso adelante. Su postura era rígida, defensiva.

—Yo estaba intentando activar la barrera —dijo—. Sabía que algo iba mal. El temblor no era normal. La grieta no era normal. Intenté encenderla antes de que el ataque llegara.

Rhea lo observó con atención.

—¿Dónde estabas exactamente?

Lýkos señaló hacia el borde del asentamiento.

—En la consola principal. La que está cerca del viejo depósito.

Eira frunció el ceño.

—Esa consola no funcionaba desde semanas antes del ataque.

Lýkos se quedó inmóvil.

—Yo... Yo intenté repararla.

Kael dio un paso adelante.

—¿Por qué no mencionaste eso antes?

Lýkos tragó saliva.

—No pensé que fuera importante.

La tierra vibró con fuerza.

“La sombra miente.”

El silencio cayó como una piedra.

La primera grieta en la mentira

Asthenés dio un paso adelante.

—Lýkos... ¿por qué dijiste que estabas en la consola si sabías que no funcionaba?

Lýkos abrió la boca, pero no salió sonido.

Milo lo señaló.

—¡Es él! ¡Siempre quiso controlar el asentamiento!
¡Siempre quiso decidir por todos! ¡Siempre quiso
mantener la barrera encendida!

Amon añadió:

—Y desapareció durante el ataque.

Helena murmuró:

—Y volvió sin heridas.

Evan apretó los dientes.

—Y nunca explicó dónde estuvo.

Nara tembló.

—Y siempre supo más de las máquinas que
cualquiera de nosotros.

Selene respiró hondo.

—Lýkos... ¿qué hiciste ese día?

Lýkos retrocedió.

—Yo... yo...

La tierra vibró con violencia.

El planeta habló:

“La sombra ha hablado. La sombra ha mentido.”

Asthenés sintió un escalofrío.

Kael levantó la voz.

—Lýkos... ¿fuiste tú quien llevó a Asthenés a la grieta?

Lýkos cerró los ojos.

—No...

Pero su voz no tenía fuerza.

El Eco Mayor dio un paso adelante.

La bruma se cerró alrededor del asentamiento.

El planeta habló una última vez:

“La sombra está acorralada.”

Asthenés respiró hondo.

El asentamiento comprendió que lo que venía... no era sospecha. No era reconstrucción. No era interrogatorio.

CAPÍTULO 25 — La confesión

Lýkos permanecía en el centro del círculo, rodeado por miradas que ya no eran neutrales. No eran curiosas. No eran temerosas.

Eran acusadoras.

Asthenés lo observaba con una mezcla de dolor y claridad. Kael, Rhea, Orin y Lysa se mantenían tensos, preparados para intervenir si la sombra del origen intentaba huir. Selene respiraba hondo, como si cada inhalación fuera una plegaria. Eira, Ariadna y Dorian observaban cada gesto, cada micro expresión. Vega se abrazaba a sí misma, temblando.

El resto del asentamiento esperaba.

Milo, con los puños apretados. Amon, con la mandíbula tensa. Helena, protegiendo a Taro. Nara, Evan, Mira... todos conteniendo la respiración.

El planeta habló desde las profundidades:

“La sombra está acorralada.”

Lýkos tragó saliva.

—Yo... yo no soy esa sombra.

Milo gritó:

—¡Mentira!

Kael levantó la mano.

—Deja que hable.

Lýkos cerró los ojos.

—No llevé a Asthenés a la grieta.

La tierra vibró.

“La sombra miente.”

Lýkos tembló.

—No fui yo quien lo tocó. No fui yo quien lo empujó. No fui yo quien lo dejó allí.

Asthenés dio un paso adelante.

—Entonces... ¿qué hiciste?

Lýkos abrió los ojos.

Y la verdad empezó a salir.

La primera verdad: Lýkos estuvo allí

—Sí... estuve cerca de la grieta —dijo—. Pero no para activar la barrera. No para proteger a nadie.

Selene frunció el ceño.

—¿Entonces para qué?

Lýkos respiró hondo.

—Para observar.

Ariadna apretó su bastón.

—¿Observar qué?

Lýkos tragó saliva.

—El temblor. La grieta. El niño.

Asthenés sintió un golpe en el pecho.

—¿Me viste?

Lýkos asintió.

—Sí. Te vi caminar hacia la grieta. Te vi tocar la tierra. Te vi despertar algo.

Kael tensó la mandíbula.

—¿Y no hiciste nada?

Lýkos negó.

—No podía. No debía.

La tierra vibró suavemente.

“La sombra oculta intención.”

La segunda verdad: Lýkos no estaba solo

Evan dio un paso adelante.

—¿Quién estaba contigo?

Lýkos cerró los ojos.

—Alguien... alguien que no debía estar allí.

Nara tembló.

—¿Quién?

Lýkos abrió los ojos.

—No sé su nombre. Nunca lo supe. Solo sé que llevaba una máscara. Una capa oscura. Y que... sabía exactamente lo que iba a ocurrir.

Selene se llevó una mano al rostro.

—La figura del bosque.

Lýkos asintió.

—Sí.

El planeta habló:

“La sombra se acerca.”

La tercera verdad: Lýkos recibió órdenes

Kael dio un paso adelante.

—¿Órdenes de quién?

Lýkos tragó saliva.

—De él. Del enmascarado. Me dijo que no interviniera. Que no tocara al niño. Que no activara la barrera. Que no alertara a nadie.

Milo gritó:

—¡Y obedeciste!

Lýkos tembló.

—No tenía opción.

Rhea frunció el ceño.

—¿Por qué?

Lýkos respiró hondo.

—Porque él... él sabía cosas. Cosas que nadie más sabía. Cosas sobre el planeta. Sobre la grieta. Sobre Asthenés.

Asthenés sintió que el mundo entero se inclinaba bajo sus pies.

—¿Qué sabía de mí?

Lýkos lo miró con una mezcla de miedo y respeto.

—Sabía que no eras un niño normal.

El silencio cayó como una piedra.

La cuarta verdad: Lýkos vio el origen

Lýkos continuó:

—Vi cómo te llevó hacia la grieta. Vi cómo te dejó allí. Vi cómo el suelo se abrió. Vi cómo el primer Eco despertó. Vi cómo el planeta gritó.

Ariadna murmuró:

—Y no hiciste nada.

Lýkos negó con fuerza.

—No podía. No debía. Él me dijo que si intervenía... el ataque sería peor.

La tierra vibró con violencia.

“La sombra altera la verdad.”

Lýkos tembló.

—No soy la sombra. Solo... obedecí.

Kael apretó los dientes.

—¿Por miedo?

Lýkos negó.

—Por convicción.

Selene frunció el ceño.

—¿Convicción... de qué?

Lýkos respiró hondo.

—De que el planeta necesitaba despertar.

El silencio se volvió insoportable.

La confesión final

Asthenés dio un paso adelante.

—Lýkos... ¿fuiste tú quien inició el ataque?

Lýkos negó con fuerza.

—No. Yo no inicié nada. Yo solo... permití que ocurriera.

Kael tensó la mandíbula.

—¿Y quién lo inició?

Lýkos cerró los ojos.

—El enmascarado.

Selene murmuró:

—¿Quién es?

Lýkos abrió los ojos.

Y dijo la frase que cambió todo:

—Es alguien que todos conocéis. Alguien que vivió aquí. Alguien que se fue... pero nunca desapareció.

La tierra vibró.

El planeta habló:

“La sombra del origen no es Lýkos.”

El asentamiento contuvo la respiración.

“La sombra del origen está más cerca.”

Asthenés sintió un escalofrío.

Y el grupo comprendió que lo que venía... no era confesión. No era culpa. No era sospecha.

Era identidad revelada.

Continuará por el capítulo siguiente....